

La lectora, la escuela, el tiempo y, la literatura en contemplación.

Ciro David Garzón Rodríguez

Asesor: Fernando González

Proyecto presentado como requisito para optar el título de:

Licenciado en Educación Comunitaria con énfasis en derechos humanos

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Educación

Departamento de Educación

**LICENCIATURA EN EDUCACIÓN COMUNITARIA CON ÉNFASIS EN
DERECHOS HUMANOS**

BOGOTÁ D.C.

2017

NOTA DE ACEPTACIÓN

FIRMA

AGRADECIMIENTOS

A Fernando González.

A Mayerly.

DEDICATORIA

Para Maye.

RESUMEN


Esta tesis se creó alrededor del proyecto literario *La literatura como universo simbólico de la memoria* desarrollado en el 2015, en el Instituto Pedagógico Nacional. Su propósito se desplegó alrededor de la creación de un relato ficcional en el que se evidenciara las vivencias de una lectora contemplativa, inmersa en la cotidianidad escolar, de modo que diera cuenta de la posible desaparición del lector literario en dicho espacio.

Palabras claves: Literatura, tiempo, cansancio, lector, contemplación.

ABSTRACT

The present thesis was created around the literary Project *La literatura como universo simbólico de la memoria* developed in 2015, in the Instituto Pedagógico Nacional. Its aim was displayed around of creating a fictional story about a female contemplative literary reader, immersed into schooling. So, evidencing the possible disappearance of the literary reader at school.


Key words: Literature, time, tiredness, reader, gazing.

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <small>EDUCACIÓN AL SERVIDICIO</small>	FORMATO	
	RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 5 de 75	

1. Información General	
Tipo de documento	Trabajo de grado
Acceso al documento	Universidad Pedagógica Nacional. Biblioteca Central
Título del documento	La lectora, la escuela, el tiempo y, la lectura en contemplación
Autor(es)	Garzón Rodríguez, Ciro David
Director	González Santos, Fernando
Publicación	Bogotá. Universidad Pedagógica Nacional, 2017. 75 p.
Unidad Patrocinante	Universidad Pedagógica Nacional
Palabras Claves	LITERATURA, TIEMPO, CANSANCIO, LECTOR, CONTEMPLACIÓN

2. Descripción
<p>La presenta Tesis de grado fue recreada y ambientada sobre el Instituto Pedagógico Nacional IPN ubicado en la localidad de Usaquén, en el marco del desarrollo del proyecto <i>La literatura como universo simbólico de la memoria</i> 2015. Tuvo como propósito crear un relato de ficción en el que se narre las vivencias de una estudiante lectora inmersa en el rendimiento académico. Esto, con el fin de dar cuenta de una posible desaparición de la literatura y el lector en este espacio. Para ello, se planteó una pregunta problema y un único objetivo específico. A su vez, se soportó en referentes teóricos relacionados con La literatura y su importancia, el tiempo, el rendimiento y la contemplación, el papel del lector contemplativo y el lector como relato. La metodología empleada tiene que ver con el relato como investigación, eso a la luz de (Piglia 2005).</p>

3. Fuentes
<p>Blanchot, M. (2005). <i>El libro por venir</i>. Madrid: Trotta.</p> <p>Bolaño, R. (1998). <i>Los detectives salvajes</i>. Barcelona: Anagrama.</p> <p>Burgess, A. (2002). <i>La naranja mecánica</i>. Barcelona: Ediciones Minotauro.</p> <p>Deleuze, G. ". (1991). <i>fundacion.uocra.org</i>. Recuperado el 19 de Junio de 2017, de http://www.fundacion.uocra.org/documentos/recursos/articulos/Posdata-sobre-las-sociedades-de-control.pdf</p> <p>Echavarría, J. (2009). <i>Juan Manuel Echavarría. La guerra que no hemos visto</i>. Obtenido de http://www.laguerraquenosvimosvisto.com/english/galeria_c006_0008.html</p> <p>Faciolince, H. A. (2007). <i>El olvido que seremos</i>. Bogotá: Planeta.</p> <p>González, F. (2010). <i>Vivir sin los otros</i>. Bogotá D.C.: Ediciones B Colombia.</p> <p>González, T. (2010). <i>Abraham entre bandidos</i>. Bogotá D.C.: Alfaguara.</p> <p>Han, B.-C. (2012.). <i>La sociedad del cansancio</i>. Barcelona: Herder.</p>

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <small>Educación de calidad</small>	FORMATO	
	RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 6 de 75	


- Blanchot, M. (2005). *El libro por venir*. Madrid: Trotta.
- Bolaño, R. (1998). *Los detectives salvajes*. Barcelona: Anagrama.
- Burgess, A. (2002). *La naranja mecánica*. Barcelona: Ediciones Minotauro.
- Deleuze, G. ". (1991). *fundacion.uocra.org*. Recuperado el 19 de Junio de 2017, de <http://www.fundacion.uocra.org/documentos/recursos/articulos/Posdata-sobre-las-sociedades-de-control.pdf>
- Echavarría, J. (2009). *Juan Manuel Echavarría. La guerra que no hemos visto*. Obtenido de http://www.laguerraquenohemosvisto.com/english/galeria_c006_0008.html
- Faciolince, H. A. (2007). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.
- González, F. (2010). *Vivir sin los otros*. Bogotá D.C.: Ediciones B Colombia.
- González, T. (2010). *Abraham entre bandidos*. Bogotá D.C.: Alfaguara.
- Han, B.-C. (2012.). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Handke, P. “. (23 de Octubre de 2015). *El pais.com*. Recuperado el 19 de Junio de 2017, de https://elpais.com/cultura/2015/10/23/actualidad/1445626324_874066.html
- Iyer, L. ". (s.f.). *Enrique Vila-Matas, La vida de los otros*. Recuperado el 19 de Junio de 2017, de <http://www.enriquevilamatas.com/escritores/escrrier11.html>
- Kafka, F. (1998). *La metamorfosis*. Barcelona: Losada.
- Kafka, F. (s.f.). *Diarios / Franz Kafka*. Edición a.
- Montaña, F. (2015). *El gato y la madeja perdida*. Bogotá D.C.: Alfaguara.
- Parra, N. (2014). *Poemas & antipoemas*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Perec, G. (2009). *¿Qué pequeño ciclomotor de manillar cromado en el fondo del patio?* Barcelona: Alpha Decay.
- Piglia, R. (2005). *El último lector*. Barcelona: Anagrama.
- Piglia, R. (2005). *La forma inicial. El ultimo lector*. Barcelona: Anagrama.
- Rosero, E. (2007). *Los ejércitos*. México D.C.: Tusquets Editores.
- Safranski, R. (2013). *Sobre el tiempo: + "una vida es rica si participa de diversas velocidades"*. Madrid; Barcela: Katz Editores; Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.
- Todorov, T. (2007). *La literatura en peligro*. Barcelona : Círculo de Lectores: Galaxia Gutenberg.
- Vila-Matas, E. (2002). *El mal de Montano*. Barcelona: Anagrama.

4. Contenido

La presente monografía está organizada en cuatro capítulos desarrollados de la siguiente manera:

En el capítulo *Problema* se presenta la contextualización del problema, la cual se realizó con base en las observaciones llevadas a cabo en la primer a fase del desarrollo del proyecto *La literatura como universo simbólico de la memoria*. En este se da a conocer el Sentido y enlaces del proyecto, se problematiza el acto de leer literatura bajo el rendimiento capitalista enfocando dicha problematización en el papel del lector de literatura. Seguido, se presentan el interrogante principal y el objetivo general.

En el capítulo *La literatura, el tiempo y la lectura* se presentan los referentes teóricos atendiendo a la pregunta problema, Para ello, se enuncia una única categoría llamada Literatura, la cual se soporta

 UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL <small>Realizando lo imposible</small>	FORMATO	
	RESUMEN ANALÍTICO EN EDUCACIÓN - RAE	
Código: FOR020GIB	Versión: 01	
Fecha de Aprobación: 10-10-2012	Página 3 de 75	

en lo expuesto por Todorov (2007) A su vez, se despliegan dos subcategorías. La primera, *El tiempo y la contemplación* soportada por los postulados de Byung – Chul Han (2012) y Safranski (2013). En ella, se ahonda acerca del sometimiento del tiempo a un rendimiento alejado del sosiego, para recaer en el cansancio. La segunda categoría, *Lector contemplativo*, soportada en lo propuesto por Ricardo Piglia (2005) expone la idea del lector como relato.

Respecto al capítulo *Luisa, la lectora*; éste está desarrollado a través de quince capítulos de un relato de ficción en el que se narrar las vivencias de una estudiante de undécimo grado, la cual busca en la lectura el sosiego al rendimiento que le impone la escuela. Este se despliega alrededor de los conceptos presentados en el marco teórico, de modo que la *literatura*, de la mano del concepto de *lector* son el eje principal, alrededor del cual se abordan situaciones relacionadas con la escuela, el tiempo, el rendimiento, el cansancio, la contemplación, la desaparición del lector y la literatura y del lector como un relato.

En el capítulo *Análisis de la experiencia ficcional*, se presentan los resultados de lo recorrido a través del relato de ficción respecto a la posible desaparición de la literatura y del lector en el espacio escolar.

3. Metodología

Se desarrolló a través de un relato como investigación en el que se buscó las figuraciones del lector en la literatura; esto es, la representación imaginaria del arte de leer ficción, recreando la historia imaginaria de ese lector. Respecto a esto, Piglia (2005) habla de la posibilidad de una escena como pequeños informes del estado de una sociedad imaginaria. Es decir, crear un relato ficcional se convierte en la vía de plasmar vivencias que parten de un supuesto hallazgo propio, real, tangible, para ser recreado desde concepciones, pretensiones de la imaginación. Por tanto, la pregunta que incita a este relato se relaciona con, quién es ese lector que está ahí, inmerso en la contemplación del texto literario. De esta investigación-relato interesó factores como, dónde estaba leyendo, para qué estaba leyendo, en qué condiciones estaba leyendo, cuándo leía, cuál era su historia, en fin. De modo que cada escena narrativa, cuente el posible entramaje en relación con la desaparición del lector y, por supuesto de la literatura en el espacio académico.

4. Conclusiones

1. Primero, la escuela bombardea al estudiante con lecturas homogéneas, obligadas, repetidas, dejando fuera los gustos, sus intereses, su pasión, propios del lector. Esto, a través de la administración el tiempo desde un currículo establecido y el multitasking. 2. El tiempo del lector inmerso en el ámbito escolar es un tiempo de rendimiento, acelerado que lo presiona y no le permite tener un tiempo más humano. Es decir, a su ritmo: encaminado al sosiego y la contemplación. La carga académica en la escuela puede llegar a agotar tanto a un estudiante que, así siendo lector contemplativo, el cansancio termina doblegándolo. 3. Respecto a la vía que se emplea en la escuela para acercar a los

estudiantes al arte, en especial a la literatura, puede invertir el objetivo principal de trabajar con el mismo, pues las metodologías y procesos implícitos que se desarrollan, al ser sometidos a un espacio-tiempo acelerado, se alejan de la perspectiva humana, la cual es más pausada y demorada, para sumergirla en un rendimiento capitalista. 4. Se reconoce la desaparición del lector de literatura en el aula, ese lector pausado y sosegado, pues las dinámicas multitasking no da espacio a su aparición. O sea, en el aula no hay espacio para que la literatura sea leída de manera contemplativa. Por ende, si el lector contemplativo sobre vive, no es gracias a la escuela sino a la negación de sí mismo a dejar de leer.

Elaborado por:	Garzón Rodríguez, Ciro David
Revisado por:	González Santos, Fernando

Fecha de elaboración del Resumen:	04	12	2017
--	----	----	------

Tabla de contenido

Introducción.....	10
Parte I.....	12
Problema.....	12
Contextualización del Problema	12
Sentido y enlaces del proyecto.....	13
Interrogante principal.....	18
Objetivo General.....	18
Parte II	20
La literatura, el tiempo y la lectura	20
Literatura.....	20
El tiempo y la contemplación	24
Lector contemplativo	26
Parte III.....	29
Luisa, la lectora.....	29
1	30
2	36
3	39
4	41
5	44
6	45
7	49
8	50
9	52
10	54
11	58
12	60
13	62
14	64
15	67
Parte IV	71
Análisis de la experiencia ficcional	71
Bibliografía.....	75

Introducción

El presente trabajo se refiere al tema del lector, la lectura en contemplación, la desaparición del lector y de la literatura en la escuela, el tiempo y el cansancio. El trabajo se llevó a cabo en el Instituto Pedagógico Nacional (IPN), con el proyecto: *La literatura como universo simbólico de la memoria (CIUP, 2015-2016)*. Se establece a partir de observar en el *Festival de la memoria* (última actividad del proyecto) a un lector en particular, el cual pasa desapercibido. Ese lector, dará cuenta de su posible desaparición, que acontece en la escuela y va de la mano del incremento de la velocidad y el rendimiento académico.

En respuesta a lo dicho, este trabajo de investigación, propone abordar la ficción narrativa para narrar la posible vida de ese lector, que es a su vez la de su posible desaparición. Es un relato imaginario sobre la experiencia de un estudiante en torno al proyecto propuesto en el IPN y a su relación con la literatura.

A partir de lo anterior, se escribe el relato para soportar el siguiente trabajo, como resultado se asume la historia de Luisa (personaje imaginario), desde donde se busca e intenta interpretar su relación con el aula, la literatura, el tiempo, el cansancio y la desaparición. En tal sentido, el presente trabajo se acerca a la reflexión de un lector tranquilo que lleva a la lectura contemplativa, lectura que es a otro ritmo, por lo tanto, quiere decir, tener tiempo para ser esa clase de lector. Tal lector, no resulta del afán y la exigencia académica en la escuela, sino más bien se da de la búsqueda de ese otro tiempo, uno que es la posibilidad de apoderarse de un tiempo propio en el que se espera compartir más con el otro, en este caso una lectura, un personaje ficticio o una persona real.

Entonces es preciso para este propósito ir a los cuatro momentos en los que se divide este trabajo. Por un lado, está la primera parte: contextualización del problema, en la que se desarrollan los sentidos y enlaces del proyecto, el interrogante principal y el objetivo general. Seguido, se da cuenta del referente teórico que sustenta la presente propuesta, a partir del título la literatura, el tiempo y la lectura; abordados y desarrollados desde tres categorías: la literatura, el tiempo y la contemplación y el lector contemplativo. Tercero, se anexa el relato *Luisa, la lectora*, en el que se narra, sobre todo, la posible desaparición de ese lector encerrado en cuatro paredes.

Dice Piglia: “Entonces comprendí lo que ya sabía: lo que podemos imaginar siempre existe, en otra escala, en otro tiempo, nítido y lejano, igual que en un sueño” (Piglia, 2005, p.17). La ficción tiene que ver con soñar e imaginar y crear un mundo posible, es un intento, una historia ficticia para quien tiene tiempo de leerla. Por último, en la cuarta parte se da cuenta a través de un análisis al relato *Luisa, la lectora*, a la luz de la teoría citada, la posible desaparición del lector en la escuela.

Es pues el tema de este trabajo de grado que modestamente y sin pretensiones trato aquí.

Parte I

Problema

Contextualización del Problema

¿De qué se trató *La literatura como universo simbólico de la memoria*? *La literatura como universo simbólico de la memoria*, fue un proyecto de investigación, apoyado por el Centro de Investigaciones de la Universidad Pedagógica (CIUP) sobre literatura y memoria, entre el 2015 y 2016 año 2015, desarrollado en el Instituto Pedagógico Nacional (IPN), a partir de tres etapas: a) Indagación teórica y pedagógica, en la que se seleccionó un conjunto de novelas referidas a la memoria para trabajar en el ambiente escolar; b) Trabajo con los estudiantes y docentes del IPN y la UPN, cuyo escenario fundamental fue la preparación y realización del Festival de la memoria; c) Descripción y acopio de la experiencia en la perspectiva de dar cuenta de los resultados del proyecto. Dicho proyecto fue coordinado por maestros de la Facultad de Educación de la UPN, quienes eligieron cinco novelas significativas para el trabajo docente en secundaria: *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince (2007), *Abraham entre bandidos* de Tomás González (2010), *Los ejércitos* de Evelio Rosero (2007), *Vivir sin los otros* de Fernando González (2010), y *El gato y la madeja perdida* de Francisco Montaña (2015).

Dichos textos fueron referentes no solo de la memoria histórica, sino también de lo literario, generando interés, entre profesores y estudiantes, eso, en distintas discusiones de tipo político y cultural que se dieron a partir de los libros. Y todo para que un grupo homogéneo de estudiantes leyera y así entrara a participar en las dinámicas del proyecto, el cual iba a mil y, asimismo, le exigía al estudiante ir a mil, mientras el tiempo calculado del proyecto, iría

consumiendo el tiempo de esos estudiantes, que darían, según las lecturas, un construir y constituir de memoria respecto al conflicto armado y la violencia del país.

Sentido y enlaces del proyecto

El proyecto en sí, tuvo ese interés permanente de abordar la memoria desde la literatura en la escuela, integrando la literatura para dar cuenta de los hechos más impactantes del país. Desde las novelas de tipo histórico o testimonial (señaladas arriba) se evidenció la historia del conflicto colombiano. Así pues, se seleccionaron las cinco novelas que narraban estos acontecimientos del conflicto colombiano en las últimas seis décadas. Luego se tuvo en cuenta un seminario permanente en el que practicantes de la licenciatura en Comunitaria y la licenciatura en Psicología y pedagogía y docentes del IPN (como grupo focal) se adentraron en el eje temático de la investigación (memoria histórica). De la mano de lo anterior vinieron los talleres por cada una de las novelas seleccionadas en el proyecto. Después se encaminó a los estudiantes del IPN a que se apropiaran de las lecturas y trabajaran la parte creativa creando arte. Por último se buscó a la comunidad académica de la UPN e instituciones educativas de secundaria para compartir con ellas la experiencia educativa.

En contexto, lo anterior fue generando gran expectativa en ese ambiente educativo del IPN y la experiencia generó gran interés. Acá los maestros y estudiantes empezaron a vincularse al proyecto activamente, se interesaron por las lecturas, siendo así, que los alcances fueron significativos, pues se hizo una especie de pedagogía de la memoria. Además, se contribuyó a que el currículo escolar adoptara la propuesta del proyecto para dimensionar la construcción de la memoria histórica en Colombia.

El proyecto fue siguiendo su tiempo, su ritmo, su espacio y, acorde con ello, los estudiantes tenían la posibilidad de leer en distintos espacios, ya fuera en el aula, en descanso, en el bus o en sus casas. La literatura había activado en ellos el deseo por saber sobre la historia del país y, al mismo tiempo activó la memoria colectiva, eso, regando la ola, por los pasillos y aulas y demás espacios, de la arquitectura escolar. Fue clave para ese propósito la labor de los mediadores que orientaron, guiaron y participaron del proyecto. Así, emergió en la etapa decisiva de la lectura, el interés artístico y creativo. Hubo socialización de experiencias, impresiones de lectura, tertulias; en donde se conocieron más a fondo los relatos. Aquí la labor del arte, que directamente implicaba a los estudiantes, creaba amplias posibilidades, ya que ellos podrían utilizar diversos formatos para su realización: dibujos, cartografías, escritos, poemas, fotos, audiovisuales, performance, en fin, todo eso partiendo de las lecturas y, encaminado a lo que se presentó en el *Festival de la memoria*.

Los trabajos de creación colectiva desarrollados por los estudiantes, durante el proceso, fueron a parar en el *Festival de la memoria*, festival que contó con la presencia de las madres de Soacha y mujeres sobrevivientes del genocidio político contra la UP, mujeres víctimas de persecución contra líderes de DDHH y mujeres víctimas de montajes judiciales y encarcelamientos injustos; las cuales presentaron la obra de teatro *Antígona*, con El Teatro La Candelaria, eso, como encuentro entre escuela, literatura y víctimas.

Uno de los logros significativos a resaltar del proyecto, como práctica del festival, es que los estudiantes de los grados octavo, noveno, décimo y, un grupo de once construyeron obras artísticas para la galería ambientada en el coliseo del IPN donde fue el festival; de este modo, involucrar de manera activa la participación de docentes y estudiantes de forma que se alcanzara un impacto favorable en el festival.

Por otro lado, el proyecto no aconteció únicamente en el interior del colegio IPN, sino que también se socializó y compartió con otras instituciones, a través de distintos eventos. Por ejemplo: en la Feria de educación (agosto 13 de 2015) allí se expusieron los avances más importantes. Del mismo modo, en el Foro Educativo Nacional (Dile) y en la Alcaldía local de Usaquén. Adicional, en el Primer Encuentro de Experiencias Significativas en Cómbita, Boyacá, evento en el que se participó, se dio reconocimiento al mismo como uno de los más importantes en el ámbito escolar. Finalmente, en el Foro Educativo Nacional 2016, en relación con el tema “Las mejores prácticas del aula”, en reseñas y artículos en medios como el Magazín especial de El Espectador durante la FILBO 2016 y, en la revista digital del Colegio Reyes Católicos.

Para la realización del festival, los coordinadores del proyecto, implementaron tres puntos: I. sesión de tertulias, discusiones y reflexiones. II. Trabajo en el aula. III. Asesoría artística y acompañamiento técnico. Eso, contando con un equipo formado por: docentes del colegio, practicantes de la universidad, monitores, especialistas en artes visuales y, por supuesto, cuatro investigadores. Para tales fines, el proyecto se apoyó en didácticas colectivas, participativas y creativas, de modo que, al finalizar, en el *Festival de la Memoria*, los estudiantes-lectores dieran cuenta de ese construir y constituir de memoria, desde sus experiencias, contando al acto de leer como experiencia; a través de creaciones artísticas, obras en distintos formatos: fotografías, dibujos, cartografías, videos, poemas, maquetas, etc. ello, en torno a la literatura testimonial o histórica.

Si bien, el objetivo del proyecto era leer y acercar al estudiante a ese universo de la memoria sobre la violencia, a mí lo que me empezó a inquietar fue el papel del lector de esas novelas, en sí.

En una sociedad cada vez más rápida, compulsiva, convulsiva, consumista, la escuela pide a sus estudiantes rendir cada vez más y más y más, académicamente y no se tiene tiempo

para ser lector de literatura. Detenerse con paciencia y tranquilidad a leer y tener tiempo libre para leer lo que se *quiere leer* y eso en cierto sentido no va de la mano con la escuela, ni con este sistema, ni con el sujeto. Han dice: “La técnica de administración del tiempo y atención multitasking no significa un proceso para la civilización” (Han, 2012, p.33). Así, en la escuela, muchas tareas mantienen ocupados a los estudiantes; un estudiante ocupado en rendir académicamente ha de dedicarse a leer los textos propuestos por el profesor de español, el de sociales, el de filosofía; a su vez, desarrollar las guías de inglés, el taller de química, preparar las pruebas PISA, el ICFES, en fin. Una cantidad de actividades, que, en palabras del autor, no dan tiempo para la contemplación.

Pienso en Deleuze (1991) y *Posdata a las sociedades de control*, cuando habla de la introducción de la “empresa” en todos los niveles de la escolaridad. El tiempo empresarial que va a mil y hace rendir y producir, es un proyecto en el que los lectores leen rápido y la escuela nunca baja su reloj de pared. ¿Qué leyeron? Literatura. ¿Por qué Literatura? Acorde a los porqués de este proyecto, porque la literatura brinda la posibilidad de comprender; eso, porque sus narraciones están compuestas por la vida misma, los conflictos de las personas, sus vocaciones. Son los personajes con sus vivencias, sentires, pasiones, problemas, dolencias, pesares, los que invitan al lector a tener idea de quién es ese otro.

Pero, ¿Qué necesito yo para conocer a ese otro? compartir con él, pero, sobre todo, durar *tiempo* con él; eso para escucharlo, mirarlo, conversarlo, decirlo, observarlo. Para contemplarlo. El lector de literatura debe buscar la posibilidad de no ir a mil. O sea, de tener la suficiente atención para dedicarle el tiempo al ser lector. Apoderarse de su tiempo, pues es la literatura la única posibilidad tangible del lector para contemplar al otro. Aun así, *la vida no se detiene*, diría Kafka (2001) Y, el ritmo de vida de los estudiantes no lo hará para contemplar.

Pensar a ese lector y sus tensiones con la escuela, daría para problematizar sobre una posible desaparición tanto de la literatura como del lector. Pregunto, ¿cabe la posibilidad de la existencia del lector en el espacio escolar? O, en otras palabras, ¿un estudiante, con tanto que *rendir*, puede detenerse a contemplar la literatura?

El haber participado en el proyecto *La literatura como universo simbólico de la memoria*, en el IPN, creó la inquietud sobre la posible desaparición del lector, la no búsqueda de éste en el aula. Entonces, el lector sería un fantasma, que da lugar al estudiante que rinde, cumple y produce en un tiempo récord sus lecturas, siendo que: “el sujeto de rendimiento es más rápido y más productivo” (Han, 2012, p.27).

De esta experiencia, me inquieta eso a lo que este posible lector, si lo hay en la escuela, está obligado y a lo que se enfrenta para tener momentos con su literatura. Para contemplar, a su ritmo, sin presiones, las páginas de una novela. Entonces, pienso en Gregor Samsa y en su angustiada huida del bombardeo al que su padre le sometía mientras lanzaba manzana tras manzana. Su incertidumbre y su miedo por no querer huir, por no poder huir, por no hacer nada para huir, hasta caer herido de golpe.

¿Cómo dar cuenta de esto? propongo la idea de escribir una ficción literaria en la que se narra la posible vida de una lectora, estudiante, que visibiliza la desaparición del lector en la escuela; es decir, escribir un relato imaginario sobre la experiencia de la estudiante en torno al proyecto propuesto en el IPN y a su relación con la literatura.

Contar la historia de Luisa (Personaje imaginario) y su vida como lectora de novelas en la escuela y fuera de ella, así como también lo que encierra ser lector en la escuela.

Luisa nace del encuentro casual con una estudiante del IPN. Joven estudiante, que vi atravesar el coliseo del colegio, el día del *Festival de la memoria*, con un libro en la mano. Sencillamente la vi y me pregunté: ¿Quién es esa lectora que va ahí? ¿Quién es? ¿Puede

imaginarse su vida? Entonces, ella me dio una idea para recrear lo que la escuela hace con respecto a la literatura y el lector: un relato como investigación, en el que la experiencia, el sentido y la forma dieran cuenta de esa posible y extraña desaparición en la que yo descifro a Luisa, la lectora: “A esa reconstrucción de una historia a partir de ciertas huellas que están ahí, en el presente, a ese paso a otra temporalidad, podríamos llamarlo el relato como investigación” (Piglia, 2004, p.50).

Dice Peter Handke (2015), “siempre he pensado que la vida está para ser transformada a través de la escritura en ficción”. Por eso pienso en las palabras de Handke y, creo que la escritura en ficción, también es una forma espontánea y válida de investigar: imaginar, enseñar, inventar. La escritura en ficción no solo es importante para visibilizar a los demás, sino que nos ayuda a convivir mejor al lado del otro; es decir, nos da acceso al otro, porque se ha pensado al otro y no se quiere que desaparezca. Por eso, el interés en ese mundo posible, ficticio, imaginario, como réplica ficticia de un lector real, se convierte en el punto de partida de este trabajo, en el que hago de Luisa mi propuesta investigativa.

Entonces, ¿qué podía hacer con Luisa? hacerla relato, darle un nombre, contar su historia y todo, menos olvidarla, dejarla anónima e invisible, un fantasma, que desaparece con los días, eso en la escuela, hasta borrarse; por eso, la visibilicé.

Interrogante principal

¿De qué manera es posible visibilizar al lector contemplativo, inmerso en el rendimiento escolar, a través de un relato de ficción?

Objetivo general

Dar cuenta del modo como se visibiliza al lector contemplativo, inmerso en el rendimiento escolar, a través de un relato de ficción.

Parte II

La literatura, el tiempo y la lectura

Literatura

Tzvetan Todorov (2007), en su libro *La literatura en peligro*, deja claro por qué ama la literatura y es porque lo ayuda a vivir. Para él, la literatura amplía nuestro universo y nos invita a imaginar otras maneras de concebirlo y de organizarlo. Nos dice que, si bien todos nos conformamos a partir de lo que nos ofrecen otras personas, por ejemplo, quienes nos rodean (familiares); la literatura, en cambio, abre hasta el infinito esta posibilidad de interacción con los otros y por lo tanto nos enriquece. Eso, ofreciendo sensaciones insustituibles que hacen que el mundo real tenga más sentido.

Todorov (2007) sostiene que la literatura no sólo es un simple divertimento, una distracción reservada a las personas cultas, sino que nos permite responder mejor a nuestra vocación de seres humanos. A su vez, afirma que su relación con la literatura le permite dar forma a los sentimientos que experimenta; ordena el curso de los pequeños acontecimientos que constituyen su vida. Hay una pregunta que se hace: ¿qué puede hacer la literatura? Su respuesta es que la literatura puede hacer mucho. Puede tendernos la mano cuando estamos profundamente deprimidos, conducirnos hacia los seres humanos que nos rodean, hacernos entender mejor al mundo y, eso es ayudarnos a vivir. Es pues, para Todorov (2007), la literatura, un avance en el sentido común, pensar y sentir adoptando el punto de vista de los demás, personas reales o personajes literarios, lo que nos conducirá a la universalidad y la realización personal.

La explicación que hace Todorov sobre la literatura va encaminada hacia la idea del otro: “La literatura abre hasta el infinito esta posibilidad de interacción con los otros” (Todorov, 2007, p.17). Luego más adelante nos dice: “El conocimiento de la literatura no es un fin en sí, sino una de las grandes vías que llevan a la realización personal” (Todorov, 2007, p.28). Y quiere que lleguemos a esa concepción de la literatura que nos permita entender mejor la condición humana desde dentro del ser de todos los lectores. A su parecer: “Si el objeto de la literatura es la propia condición humana, el que lee y la entiende se convertirá, no en un especialista en análisis literario, sino en alguien que conoce al ser humano” (Todorov, 2007, p.102).

A propósito de la literatura y la escuela, Todorov (2007) advierte que no todo el mundo es consciente de que la literatura tenga el importante papel que él le da. Y en el primer lugar, donde notó esa diferencia, fue en la enseñanza escolar. Pues ahí, no sólo la práctica de algunos profesores, sino también la teoría de la enseñanza y las instrucciones oficiales que la enmarcan, se apoyan en una idea de la literatura totalmente diferente a la suya “Leer poemas y novelas no lleva a reflexionar sobre la condición humana, sobre el individuo y la sociedad, el amor y el odio, la alegría y la desesperación, sino a ideas críticas tradicionales o modernas” (Todorov, 2007, p.22). Es decir, que la escuela, se apoya en la instrumentalización y en las ideas críticas tradicionales, de modo que sólo se conoce de qué hablan los críticos.

Todorov ve una ambición más importante en la enseñanza de la literatura a la que se propone hoy en día a los alumnos y su consecuencia sería de perspectiva. Así, se pregunta:

¿Qué mejor introducción a la comprensión de las conductas humanas y las pasiones humanas que sumergirse en la obra de los grandes escritores que se dedican a esta tarea desde hace miles de años? [...]
 ¿Puede haber mejor preparación para todas las profesiones que se basan en las relaciones humanas? [...]
 ¿Podría encontrar ayuda más valiosa el futuro estudiante de derecho o de ciencias políticas, el futuro trabajador social o psicoterapeuta, el historiador o el sociólogo si entendemos y orientamos de ese modo la enseñanza de la literatura? (Todorov, 2007, p.102).

Todorov (2007) advierte que estamos asesinando la literatura, y no con textos no literarios, sino dándole poca importancia e interés. En este caso, el autor habla sobre una carta

escrita por Germaine Tillion, que podría ser una obra maestra de humanidad y los alumnos aprenderían mucho leyéndola; aun así, podría creerse que la escuela pasará por alto detenerse ante ese relato, ese otro, que es un personaje con el que conversa, en compañía o que requiere compañía. No va a importar un análisis de la obra, importará lo que le habla a un *lector*. Aun así, la escuela, lo que lee, relee, repite, lo lee a mil, sin tener en cuenta nada de esto. De ese modo, se encamina a ese asesinato ¿Cómo? Pues convirtiendo las obras en simples ilustraciones de una visión formalista de la literatura.

El autor considera que es preciso incluir las obras en el gran diálogo entre los hombres, diálogo que se mantiene desde la noche de los tiempos y en el que todos nosotros, por minúsculos que seamos, participamos. De la mano con lo anterior, Todorov cita a Paul Bénichou con lo siguiente: “En esta comunicación inagotable, que vence al espacio y al tiempo, se afirma el alcance universal de la literatura” (Todorov, 2007, p.103).

La literatura no se agota, aun en el siglo XXI, podemos seguir comunicándonos con Sófocles, Cervantes, Shakespeare, Joyce, Kafka, Borges, Sartre, Camus, Bataille, Céline, etc. Y eso es de un alcance infinito, pues hablamos con ellos, no hay espacio y tiempo que nos limiten a pasar en compañía de ellos.

Y finaliza Todorov con: “a nosotros, adultos, nos corresponde el deber de transmitir a las nuevas generaciones este frágil legado, estas palabras que ayudan a vivir mejor” (Todorov, 2007, p.103). ¿Cuál frágil legado? Pienso en Dostoyevski, Carpentier, Péric, Rulfo, Saramago, Vallejo, Bolaño, etc.; que parecen desaparecer en este siglo XXI, pero que no han desaparecido ¿Por qué no? porque sus palabras están ahí, siguen ahí, para ayudarnos a vivir de otra manera eso para no dejarnos morir, para ser otros y compartir con otros.

Frente a lo que advierte Todorov (2007), de que estamos asesinando a la literatura, Lars Iyer (s.f.) dice: “Decir que la literatura ha muerto es a la vez empíricamente falso e intuitivamente

cierto”. A su vez, en Enrique Vila-Matas (2002) encontramos: “en su decadencia la literatura, como el día, palidecía, se moría” (p.245). Y ya Blanchot (2005) en su libro *El libro por venir* habló de la desaparición de la literatura y, nos dijo que: “la literatura va hacia sí misma, hacia su esencia que es la desaparición” (p.231).

Lars Iyer (s.f.) rastrea la desaparición de la literatura, no se deja engañar de los datos estadísticos que dicen que cada vez hay más lectores y escritores que nunca y que el crecimiento de internet indica una cultura alfabetizada. Iyer (s.f.) se da cuenta de la tendencia a mandar mensajes en vez de hablar y a la publicación de comentarios escritos, en vez de *observar y escuchar*. En fin, advierte que cada vez hay más libros, que la publicación de libros eclipsa al de la población humana y que se lleva bibliotecas enteras en los móviles y, con todo y ello, nos dice que la literatura es un cadáver y que además lleva mucho tiempo frío. ¿Por qué? Porque hemos dejado de creer en la literatura, le perdimos la esperanza; es decir, dejamos de *soñar*: ya no hay asombro, la humanidad está perdida en lo trivial. Por eso, así haya más libros, el problema es la decadencia y el mercado, el capitalismo que aplasta la literatura y la hace mercado, la falta de esperanza y de tiempo y de ir a otro ritmo.

La literatura está ahí desde hace mucho ayudándonos y ha servido a muchos en ese esfuerzo. Aun así, que muera es una posibilidad, que viva también, aquí y ahora, en este momento, en la escuela, desaparece; esto, porque la estamos asfixiando ¿Cómo? Dándole poco tiempo o haciéndola superficial, efímera, algo sin importancia, que hay que experimentar a mil, con afán y velocidad.

Visto así, será importante dar un salto e, ir a la contemplación de la literatura, el lector contemplativo, el cual tendría tiempo en el acto de lector tranquilo; y tiempo, que al decir de Safranski (2013) es *el acto de durar*.

“Por tanto, la escasez de tiempo no es una propiedad del tiempo, sino un problema que se presenta cuando lo utilizamos para diversas actividades”

Safranski (2013).

El tiempo y la contemplación

Contemplar, del femenino *contemplationis*, del verbo en latín *contemplo*, hace alusión al acto de mirar atentamente, de examinar. Byung-Chul Han (2012), en su libro *La sociedad del cansancio*, nos dice que Paul Cézanne, aquel maestro de la atención profunda y contemplativa, dijo alguna vez que podía ver el olor de las cosas. ¿Qué quiso decir con ese ejemplo Han? pues que, durante el estado contemplativo, se sale en cierto modo de sí mismo y se sumerge en las cosas. Luego, nos dice que Merleau-Ponty describe la mirada de Cézanne sobre el paisaje como un proceso de desprendimiento o desinteriorización. A su vez, nos habla de lo que recomendaba Nietzsche a propósito de cuando se elimina todo elemento contemplativo de la vida:

Por falta de sosiego, nuestra civilización desemboca en una barbarie. En ninguna época, se han cotizado más los activos, es decir, los desasosegados. Cuéntase, por tanto, entre las correcciones necesarias que deban hacerse al carácter de la humanidad el fortalecimiento en amplia medida del elemento contemplativo. (Han, 2012, p.39).

Según Han (2012), la vida contemplativa presupone una particular pedagogía del mirar. Nos dice que hay que educar el ojo para una profunda y contemplativa atención, para una mirada larga y pausada. Eso, nos da y nos enseña y nos posibilita ser más tranquilos y espirituales y detenernos frente al rendimiento del trabajo, pues “Hoy en día vivimos en un mundo muy pobre en interrupciones” (Han, 2012, p.55).

Asimismo, Safranski (2013) nos dice, refiriéndose al tiempo capitalista: “Hay que ser productivo, y eso significa: hay que ser más rápidos” (Safranski, 2013, p.25). Por lo tanto, ser

productivo, más rápido, es no poder demorarse viendo el paisaje y eso para no prestarle atención, ni durar más junto a lo que nos concierne y rodea. Sin embargo, lo importante sería no darle tanta importancia, ni tomarse tan en serio esa vida activa, en la cual se está bajo presión, bajo un rendimiento del hacer constante. Ir en contra del rendimiento capitalista: a otro ritmo, ser más tranquilo, pausado, demorado.

Y siguiendo a Safranski (2013), cuando habla de la búsqueda de otro tiempo, se trataría de uno distinto al actual, al de ahora, en el que nos sentimos una rueda que no se detiene: “será necesario buscar formas de desaceleración dentro del sistema acelerado, dicho de otro modo, hay que encontrar un tiempo humano” (Safranski, 2013, p.38).

¿Para qué ese tiempo? Para aproximarnos a lo que todavía nos asombra y, nos hace menos máquinas de rendimiento. Y ese tiempo humano del que habla Safranski puede estar o está, en esa lectura en contemplación, lectura en la cual nos quedamos tranquilos, aprendemos a mirar y a ser más humanos.

La literatura nos tranquiliza y nos hace más contemplativos: a través de ella se puede llegar al sosiego, en el que el tiempo no solo es desacelerado, sino que también la vida gana más tiempo; pausada, paciente, con menos estrés. La agonizante literatura, en busca de un lector detenido. Un lector que salga del aula y de la homogeneización del tiempo en el aula, a buscar otro tiempo, uno que fluya a su ritmo, en el que lea a su ritmo y sea su ritmo, ese que lo haga más tranquilo, calmado, sereno. Demorando, contemplando el relato, frente a él, el otro del relato. Relacionado a esto, Han dice, “Cicerón incita a sus lectores a apartarse del foro y del jaleo de la multitud y retirarse a la soledad de una vida contemplativa [...] Cicerón elogia propiamente la vida contemplativa” (Han, 2012, p.50).

“Acostumbrar al ojo a mirar con calma y con paciencia, a dejar que las cosas se acerquen al ojo”
Han
(2012).

Lector contemplativo

Entonces, pienso en Roberto Bolaño (1998) y su novela *Los detectives salvajes* y en su personaje Joaquín Font y su encierro curativo, cuando dice “Hay una literatura cuando estás calmado. Ésta es la mejor literatura, creo yo” (p.201). Y creo que es ese mismo lector calmado al que se refieren arriba Han (2012) y Todorov (2007) cuando dice: “El lector corriente sigue buscando en las obras que lee algo con lo que dar sentido a su vida [...] si no tuviera razón, la lectura estaría condenada a desaparecer a corto plazo” (p.84); y desde luego Piglia (2005) con lo siguiente: “El fotógrafo reproduce, en la contemplación de la ciudad, el acto de leer. El que la contempla es un lector y por lo tanto debe estar solo” (p.12). Hay un lector que no quiere dejar desaparecer la literatura y ese lector es quien busca la literatura y le dedica tiempo; esto, porque lo afecta.

Ya se dijo aquí que el aumento de carga académica presiona al lector para que rinda, partiendo de una técnica particular de administración del tiempo; ese tiempo loco, acelerado, rápido, a mil, capitalista que hace que en la escuela no se tenga un entorno en el que sea posible un lector contemplativo: “acostumbrar al ojo a mirar con calma y con paciencia, a dejar que las cosas se acerquen al ojo” (Han, 2012, p.53).

Entonces, es necesario descansar los ojos, cerrarlos y luego abrirlos para seguir siendo lector. Es importante aprender a mirar, lo que significa no tener que llegar a casa a *leer* un libro sobre el cual debo dar cuenta en unas semanas; que no me interesa, que hace parte de la nota, de un currículo, previo, escogido. Por el contrario, es tener la posibilidad de buscar la lectura que yo quiero.

Ante ese vertiginoso crecimiento del rendimiento y la falta de tranquilidad o contemplación o relajación, Safranski (2013) incluye unas cuantas cosas a tener en cuenta diciendo:

Por supuesto, también aquí es necesario empezar por uno mismo. Hay métodos para comportarse racionalmente con el propio tiempo, [...] por ejemplo: cómo se atrapan los ladrones del tiempo, se establecen prioridades y se aprende a decir no; [...] La desaceleración puede practicarse, y sin duda hay posibilidades de mantener o conquistar de nuevo la propia soberanía del tiempo en un entorno que en su conjunto está acelerado (Safranski, 2013, p.39).

Lo dicho por Safranski (2013) arriba nos señala la manera de frenar un poco esa moto endiablada que llevamos interiorizada y eso es resistir en cierto sentido a ese hacer muchas cosas a la vez. En la sociedad actual se tiene menos tiempo libre porque rendimos más; por lo tanto, hay que descansar, encontrar un lugar tranquilo en el cual poder *leer tranquilo*. El lector de la escuela ya tiene tantas tareas, que tiene que ocuparse de resolverlas, todas a la vez, “pero es que tenemos otras lecturas y no hay tiempo” y, precisamente acelerándose, es cuando menos tiene la posibilidad de ser esa clase de lector: contemplativo.

Ricardo Piglia (2005), en su libro *El último lector*, se pregunta ¿Qué es un lector? y nos dice que la pregunta sobre qué es un lector, es la pregunta definitiva de la literatura: un lector es un relato: inquietante, singular y siempre distinto. Precisamente Piglia (2005) dirá que la literatura hace eso: le da al lector un nombre y una historia, lo sustrae de la práctica múltiple y anónima, lo hace visible en un contexto preciso, lo integra a una narración particular. Pero antes, Piglia (2005) advierte que rastrear el modo en que está representada la figura del lector en la literatura supone trabajar con casos específicos, historias particulares y mundos posibles. A su parecer, no se lee la ficción como más real que lo real, se lee lo real perturbado y contaminado por la ficción.

A ese tipo de lector de Piglia (2005) es al que corresponde Luisa. Un nuevo tipo de lector, indefenso y desprotegido, contemplativo y al que el exceso de rendimiento en la escuela está haciendo desaparecer. Es pues la lectora contemplativa, ese caso específico, esa historia particular, ese mundo posible. Y de ella indago aquí, sobre todo, Luisa como lectora rindiendo en el espacio escolar y en tensión constante con lo que la obligan a leer en tiempo récord, lectora que se hace visible y no quiere desaparecer, aunque a su alrededor quisieran desaparecer. ¿Quién? Ya se dijo que la escuela. La lectura como defensa. La lectora como resistencia. El leer contemplativo.

Todorov (2007) pide dar un paso en la enseñanza de la literatura en los alumnos, ambición más importante, es decir, Luisa, que leyó a Evelio Rosero (2007), puede conocer mejor al ser humano. Entonces ese llamamiento directo al lector que hace Todorov (2007) es para que mejore su relación con el otro.

La literatura es donde se encuentra al otro y se comparte con el otro, sin prisa, contemplándolo; por lo mismo, es ponerse en sus zapatos, es estar ahí, en su lugar. De ahí que las novelas nos enseñan a comunicarnos mejor con personas diferentes a nosotros. Aquí, desde un comienzo, la literatura está muy unida a lo comunitario, porque la literatura tiene acceso al otro, porque se ha pensado en el otro y no quiere que desaparezca. Todorov afirma: “Pensar y sentir adoptando el punto de vista de los demás, personas reales o personajes literarios, es el único modo de tender a la universalidad, y por lo tanto nos permite realizarnos” (Todorov, 2007, p.89).

Parte III

En esta sociedad de obligación, cada cual lleva consigo su campo de trabajos forzados

Byung-Chul Han

Pero él los rehusó muy amablemente, diciendo que quizás, cuando volviese la paz, cuando tuviese tiempo libre para leer esas obras con tranquilidad, cuando pudiese saborear toda su substancia, entonces sí. Pero esta noche, añadió, no, esta noche no estaba para eso.

Georges

Perec

Luisa, la lectora

Por Ciro Garzón

1

Tampoco hoy el cielo se ve despejado ¡Qué importa! Hay que ir acostumbrándose, más cuando se va para donde se va y se lleva encima ese cadáver que es uno mismo. Y quien se anima a entrar ahí soy yo, por más que el contraste sea depresivo y ese muro me desanime, voy a entrar, pues solo es un colegio y no tengo miedo. Pero desde ahora, aclaro, que nunca me he sentido peor, pues la escuela, para mí, siempre ha sido un espacio escalofriante bajo la brutal vigilancia de cuatro muros inquebrantables. Pero antes de entrar al aula, donde, a lo mejor enloquezca quiero ir atrás, es decir, apenas cinco minutos antes. Mi cruce o raye con el vigilante fue inevitable. Es que me miró muy mal, de arriba abajo y a lo mejor, tuvo ganas de apuntarme con su revólver, mientras yo le preguntaba tan solo por la hora. Me dijo que no tenía hora, pero deduje que el tiempo corría atado a su muñeca. Yo no le insistí más; pero vi su actitud hacía mí, esa mirada fría, con la que reducía las cosas a un mero vigilar. Entonces me senté a esperar en ese anden ¿esperar qué? Nada en especial, a nadie en particular, alguien, que hiciera práctica en ese mismo colegio como yo, en ese horario de fábrica. Y mientras eso, vi un buen rato trabajar al vigilante. Así, me fijé, en sus movimientos casi que religiosos abriendo y cerrando la puerta del paraíso. Pero lo que me llamó la atención en él, fue el brillo que desprendía su indumentaria, es decir, su pinta, ese uniforme con el que se disfrazaba todos los días y que lo hacía ver ridículo. Vi sus zapatos como si la noche anterior se hubiera trasnochado sacándole brillo para dejarlos como

un espejo. Vi el revólver en su funda que parecía un falo cromado atado a la cintura. Y las balas brillaban como espejitos inofensivos y lo que era la placa, el reloj y la cadena en su cuello, completaban el cuadro: Un escupitajo pegado a algo sin forma, vacío, hueco, muy parecido a un policía.

Aquí, se movió pesadamente de su caseta de vigilante, porque el pito de una camioneta lo sacó de su modorra cotidiana, pues desde hacía un rato cabeceaba llenando un crucigrama del año 1998.

Y el tiempo, que se escurría por esos muros como aceite de oliva quemado y que para mí era ahora, ya, al instante, se hacía escaso, inalcanzable, veloz ¡Ya era esa hora! Pues no hacía nada que había llegado y ¡ya era tarde!

Miré el edificio del colegio, su construcción troyana, de ladrillo y argamasa, de nepotismo y pesadilla, de hegemonía panóptica, ante la que aumenta la claustrofobia. Ahí dentro, el aire era distinto, se hacía pesado, irrespirable, opresor. Y una cosa sí era cierta, la escuela cerraba las puertas y le cortaba las alas o sacaba de patitas a la calle; a todo aquel que fuera contra corriente, a su clásico opositor, al rebelde. Y aunque ya era tarde, esperaría un poco más, cerca de esa reja verde oxidada. Fue aquí, cuando las vi, a ellas, las compañeras, que venían cogidas de gancho como siameses y bajando el puente. Entonces él las vio y les sonrió y se le escurrieron las babas y ellas le dijeron que yo las estaba esperando y fue así que entré al colegio e imaginé al ciclope Polifemo, al que todavía no le habían clavado la estaca en su único ojo avizor.

Sí por lo menos fuera distinto esto, lo digo, porque apenas caminé por el pasillo oscuro, me sentí dentro de un túnel rumbo a un bunker. Aun así, seguí avanzando, pero el corazón me latía más rápido, fuerte, queriéndose salir, no era emoción, sino el advertir la vieja tradición de antaño, quiero decir, un yunque inflexible tapando la vista al cielo y cayendo en seco contra la cara. ¡Y ahora qué! Exclamé, ya no hay escapatoria, ya adentro, hasta el cuello, hundirse en una

suerte de lodo curricular como en un pantano. Hice de cuenta que era intangible, así, desaparecería a la lógica de este lugar, donde el grosor del cemento se encerraba hasta asfixiarme.

Entonces la vi y me pareció nubosa, fue la impresión, pues en su mirada había algo de látigo domando a los leoncitos esos. Ella se llamaba... No lo recuerdo ahora, lo que sí, nunca voy a olvidar, son esos ojos suyos como platos ojerosos y ese semblante suyo de profesora herida de gravedad. Después dejé de molestar con esa ventana, ya que era inútil abrirla. Desde ahí la vista era insignificante, solo se veía el puente vehicular de la calle 127. Fue ese pájaro picoteando la ventana lo que me dio a entender distinto, su pico golpeaba el vidrio de la tradición educativa como queriéndolo romper. Voló perdiéndose en esa nube de smog. ¡Ay, Foucault, líbrame de los espacios disciplinares! Dije. Pero nadie oyó, tan solo fue mirar la hora en el reloj de pared parecido a un ídolo, para pensar: en la velocidad, el progreso y el rendimiento; ante los que había que persignarse recién iniciada la jornada. Y esa luz qué, la bombilla del techo titilaba, descargando esa blanquecina y ahorrativa y mortecina luz de cuarto en penumbra.

¿Tú eras la lectora? Me pregunté y fue ahí, cuando vi tu bostezo tragarse el aula, intentabas leer esa página que se desvanecía en tus manos como las cenizas de una página mayor ardiendo en el incendio de Colombia, sentada en esa silla eléctrica, que electrocutaba lo opuesto a ti y que debieron haber tirado a la basura y remplazarla, por un sofá o unos pufs, estilo minimalista.

Una sirena de ambulancia interrumpió la monotonía en el aula, entraba como a llevarte ¿Qué hiciste? Aplazaste la lectura y distraída, miraste esas luces inquietas de la sirena, que, a lo lejos, se fueron alumbrando rojo y azul, entonces levitabas y te tele transporte muy lejos ¿adónde? A un aula, de una escuelita, en donde ya no jugaban los niños y se había largado el profesor y crecía la maleza. Leías a Evelio Rosero e, imaginé, que imaginabas un cilindro bomba destruyendo la escuelita; pero ¿quién eras tú? Pues la lectora y seguías herida y te hacías relato y

contabas tu historia ¿cuál? Esa, la de estar desapareciendo en esa niebla espesa de aula. Y es que llevabas ahí los años de Matusalén cumpliendo esa jornada escolar, cubierta por tsunamis de tareas y exámenes y pocas vacaciones y, poco o nada, de tiempo libre para ti misma y lo peor de todo, hasta ahora nadie te había visto porque te veías desaparecer en la mirada indiferente del otro.

El sismógrafo midió 9.5 en la escala de Richter, consideraste ese grito como el más exagerado en la historia del aula y provocó ese temblor y el piso, las paredes, el techo, los pupitres, el tablero; se vinieron abajo como estalactitas y estalagmitas e, hizo, que temblaras del susto. No quisiste seguir leyendo, pues no podías leer ahí, bajo ese cielo raso cayéndose a pedazos como una pared leprosa. Vi como esforzabas la vista y tus ojos me impresionaron mucho, parecían desbordados como una avalancha de nieve, anoche, te había dado la medianoche, leyendo y escribiendo un ensayo de sociales para la clase de hoy. Las venitas de los ojos se te reventaron, micro ríos de sangre fluyeron por tu vista.

Entonces las bolas de papel volaban aquí y allá como rocas lapidarias estrellándose contra los vidrios, la puerta, las paredes, el tablero, los pupitres, mi cabeza y todas las extremidades de los estudiantes, en especial, sus frentes, con las que cabeceaban las bolas arrugadas y hacían goles en la pared, eso, tras la leve ausencia de la profesora, que, a lo mejor, había salido a tomarse un tinto hiper oscuro hiper cargado.

Ella, rayaba la paleta del pupitre con su esfero BIC, escribió: ¡Acá te dejo mi amorcito! Te amo, X. Ellos, hacían pulso en ese pupitre, se colocaban a un lado cada uno de la paleta y de un ¡Ya! Qué decía un tercero, empezaban a empujar cada uno hacía su lado, sin mover los codos, sin levantarlos, sin hacer trampa, pura fuerza, el vencedor fue el estudiante de gafas culo de botella.

Y luego, se despertó su migraña como si un maestro de obra rompiera las paredes del aula, tumbando la humedad y volviendo a construir, pues esas paredes gruesas, viejas, mohosas,

cerradas, oscuras, con magma; había que tumbarlas y levantar unas nuevas, donde el cristal movable y la transparencia en las paredes, ambientaran el camino a una nueva aula brillante, donde se tuviera la sensación de estar abriendo las ventanas al cielo.

El tinto oscuro, el cigarrillo Mustang, el estrés, el cansancio, la fatiga crónica, la ineficacia, el agotamiento; últimamente la seguían a donde fuera como un perro faldero, más, cuando estaba dentro del aula dictando clase, por lo mismo, volvió a entrar, volvió a gritar y se desmayó.

Pensé en *Nicanor Parra* y el...

Autorretrato

Considerad, muchachos,

Este gabán de fraile mendicante:

Soy profesor en un liceo obscuro,

He perdido la voz haciendo clases.

(Después de todo o nada

Hago cuarenta horas semanales).

¿Qué les dice mi cara abofeteada?

¡Verdad que inspira lástima mirarme!

Y qué les sugieren estos zapatos de cura

Que envejecieron sin arte ni parte.

En materia de ojos, a tres metros

No reconozco ni a mi propia madre.

¿Qué me sucede? - ¡Nada!

Me los he arruinado haciendo clases:

La mala luz, el sol,

La venenosa luna miserable.

Y todo ¡Para qué!

Para ganar un pan imperdonable

Duro como la cara del burgués

Y con olor y con sabor a sangre.

¡Para que hemos nacido como hombres

Si nos dan una muerte de animales!

Por el exceso de trabajo, a veces

Veo formas extrañas en el aire,

Oigo carreras locas,

Risas, conversaciones criminales.

Observad estas manos

Y estas mejillas blancas de cadáver,

Estos escasos pelos que me quedan.

¡Estas negras arrugas infernales!

Sin embargo, yo fui tal como ustedes,

Joven, lleno de bellos ideales,

Soñé fundiendo el cobre

Y limando las caras del diamante:

Aquí me tienen hoy

Detrás de este mesón inconfortable

Embrutecido por el sonsonete

De las quinientas horas semanales.

Un escalofrío subió por todo mi cuerpo, vi a la profesora tirada en el piso y convulsionando, algo demacrada, parecía herida en combate por un misil aire-tierra lanzado desde el Ministerio de Educación Nacional. Sus orejas se me hicieron muy grandes. Y la rapidez con la que su cabeza explotó ahí mismo, fue, en realidad, oír el débil válido de un animal indefenso y super laborioso.

2

Has dejado la lectura en tus rodillas, sientes como que tus ojos se salen de las orbitas, los ves rodar por el pasillo del bus como canicas maras que esquivan el calzado mugriento. El cráter en la avenida hace saltar el bus, tu saltas en la silla como si fueras a caballo y los ojos duelen, sientes un líquido gelatinoso escurrirse por tu mejilla, una cortina gris cubrirlo, centelleos de luz, dolor de cabeza; es la retina que se desprendió. Duele, duele, duele y una mosca se posa en tu ojo. A tu lado va una señora rezando el rosario, te quedas mirándole las manos, es como si desgranara arvejas sobre sus piernas cerradas. En el puesto de adelante va un vendedor de rosas, dejó el último ramo en el piso, siempre pendiente de cuidarlo de los zapatos mierdosos, los cuales pisan y restriegan y pasan por encima de todo lo que vaya en su contra. Intentas leer desde que te subiste al bus. Ves por la ventana a alguien correr calle arriba, es un ladrón y acaba de robarse un

celular, se ríe mientras corre y mira para atrás, le ves bien la cara, es un niño. Ahí dentro, el motor hace vibrar todo, miras la ventana y vibra, hay algo de esa vibración en tus ojos, te los restriegas con los dedos, la ventana ahora es una gelatina hirviendo, no das más, entonces cierras tus ojos negros y prefieres irte durmiendo en el bus hasta que llegas al colegio.

Hay que sacrificar la vista hasta que sangre y no se vea más que una mancha gris.

Vuelves a abrirlos, apenas los cerraste medio segundo, ese puesto es resbaladizo, el conductor maneja como loco, casi se estrella contra otro SITP, esperas a que haya un semáforo y el bus pare, así, puedes seguir el hilo de la lectura intermitente; pero que pasa, prefieres mirar los ojos de ese otro joven, el cual acaba de subirse al bus en ese paradero. Son verdes y brillan, se parecen a los de tu gato, más cuando te miran y ya no hay tiempo de esquivarlos porque te han hipnotizado de repente. Hace poco, la lectura te dio esa impresión de ventana por la que mirabas sin parpadear, es que las cosas iban pasando tan rápido, iban quedando atrás súbitamente y fijarse en ellas parecía cosa de locos, un pasar y pasar y pasar insignificante de cosas de ciudad como fotos de celular táctil, ante las que detenerse hubiese sido hipnotizador, estimulante, asombroso como esos ojos de gato que ahora mismo volvías a mirar y que ya no te miraban pues iban leyendo un libro, pero que disimuladamente seguiste mirando, ya que te sentiste en ellos. Te viste subida en ese mismo bus durante años y años y lo que querías era bajarte ¿Qué hora era? Así, te levantaste de ahí ¡Qué porquería! Dijiste, en serio, fue cuando quisiste ser tu gato, al que veías, quedarse en la sala de tu casa mirando sobre el sofá por la ventana verte llegar.

Frente al tablero ni siquiera te importó verle la espalda ancha a la profesora. También su espalda serviría de tablero y se podría rayar, incluso eso mismo que rayabas ahí en tu cuaderno como si hubiera sucedido una explosión en el aula, parecida a ese cuadro que te gustaba ver de Max Ernst en el museo de Botero. Y nos miramos, bajo esa espesa niebla que cubría la jaula y fue aquí cuando me hiciste entender con ese gesto tuyo, de meterte un dedo en la boca, como si

quisieras vomitar, que ya no dabas más y esa piedra de Sísifo se te hacía imposible y la jornada en subida, siempre en subida, cada vez más empinada como un monte Éverest, sentías que se te hacía imposible, hasta el punto de desaparecer subiendo como una animal de carga en la neblina de la montaña. No era la primera vez que intentabas acomodar tu cabeza en esa paleta de pupitre, como si soñar con tu almohada fuera un delito. De todos modos, soportaste y esa vez, las clases fueron como hundirse en un agujero negro que te absorbía hasta el último aliento.

Y quien miraba la hora eras tú, la mirabas como si tu cuarto fuera un reloj de arena, en el que te sentías un grano más y caías desmayada sobre tu cama sin hacer, hasta que despertabas en la total oscuridad y desconcertada, empezabas de nuevo, es decir, apenas le habías dado la vuelta al reloj y ese hilo de arena, fluía y volvía a llenar tu cuarto de tiempo: manotadas de arena, paladas de arena, volquetadas de arena, en la que te hundías y no alcanzabas a adelantar las páginas de esa y esa y esa y esa y esa y esas: otras lecturas del colegio. Ahora leías lo tuyo en tu desierto, como en un espejismo o mejor dicho en el mar, fue una calma chicha esa lectura, no había viento, ni olas, ni ruido; a solas con la noche, respiraste como por la nariz de un maestro de yoga ¡Qué calma! Dijiste y para ti fue un descubrimiento saber que esa nave loca en la que ibas subida (leyendo) se paralizó. El freno de mano estaba ahí y no lo habías visto, entonces seguías derecho, siempre estrellándote de frente contra ese reloj frenético, sin saber parar, incluso, creías que estaba bien ir así, lo peor, era sentir el vértigo aumentando con los segundos, esa bajada, era una pared muy empinada y la sociedad iba sin frenos por ella. Tampoco te importó tu vista, podías quedarte ciega ahí mismo, frente a la página bañada por la luz de esa lámpara con cuello de jirafa y tanteando tu cuarto, ir hasta el baño, a refrescar tus ojos con agua fría de la llave, como si el agua, volviera la visión y los ciegos de este mundo dichosos.

3

Y te bajaste de tu caballito de acero, venías montándolo de lejos y querías caminar un poco para desentumecerte la espalda. La luna te pareció un celular táctil en el cielo y la quisiste bajar, para estrellarla contra el piso en mil pedazos, pues a tu alrededor, la gente ya no miraba, sino esa pantalla lunática para volverse más estúpida y ciega. Sola, venías por ahí, empujando del manillar de tu cicla, mirando de vez en cuando el espectáculo del arte callejero que, como un espectáculo de sombras decorado al aire libre, tenías la posibilidad de considerar. Le diste mil pesos a esos negros, que bailaban salsa choque y esquivaban las miradas de ojos blancos poseídos por el entretenimiento, ojos de espectador consumista, que se quería tragar, sino bailaban, a esos negros. Un círculo se hizo alrededor y en la mitad ellos, moviéndose en el frío de la ciudad, mientras el consumidor los devoraba con la mirada táctil de sus celulares atragantados de fotos. También en tu mirada había algo devorador, pero de otra clase, un devorar distinto, es decir, tu mirada fija frente a la página indefensa, tu vista de águila cazando poesía o era al revés, en fin, ahora lo que querías era seguir caminando y caminaste, eso, hasta cuando nos estrellamos de frente y te interrumpí y no quise dejarte sola o, mejor dicho, tu querías estar sola e ir por esa calle rumbo a quién sabe dónde... Yo no sé a dónde. ¿A dónde ibas, Luisa? No me quisiste decir, aunque me hubiera encantado saberlo, pues preciso nos despedimos ahí, bajo la luna que alumbraba esos tatuajes que tenías en los brazos: muñeca (tu nombre) antebrazo (un diamante) tríceps (un micrófono años 50) hombro (la piel de un tigre). En el otro brazo (izquierdo) tenías tatuado en tu antebrazo la cabeza de un perro Pitbull, más arriba muchas estrellitas, en el hombro (un escarabajo). Esa, eras tú, liberándote en ese trayecto, narrando en tus tatuajes y tus pasos y tus

huellas una historia tuya muy personal, que no tenías por qué contarme y en la que no tenía por qué inmiscuirme, aunque lo hiciera ya.

Entonces seguiste sola y no supe tu destino, a lo mejor, paraste allá adelante, a mirar esa colección de libros de bolsillo, tirados en el piso como si recién los hubieran colocado ahí, mientras el vendedor con su cara de gitano, te insistía en que por cualquier libro que escogieras, te haría una rebaja, claro, que te gustaron los títulos, soñaste con toda esa colección; pero esculcaste en tus bolsillos y ya no te quedaban monedas, las habías regalado en todo ese trayecto de carrera mendicante, en la que tú, diste dinero y soñaste con que a esas personas les fuera bien en sus vidas, sobre todo, a esa niña cuya voz te erizó la piel y te hizo aguar los ojos, pues canto igualitico a Rocío Dúrcal, esa canción que decía: “Déjame vivir, porque no me comprendes...” Y, a lo mejor, pensaste en los feminicidios de México, Argentina, Colombia; etc., todo el continente, todo el mundo. ¿Cuánto tienes? Te dijo. Nada le dijiste. Ofreceme algo te dijo. No tengo ni un peso le dijiste. Él sonrió sinceramente y arrugando su narizota de gitano amable te dijo ¿Cuál te gustó? Tu señalaste ese de ahí, el de color verde clarito y él tan solo se agachó y levantándolo en sus manos gruesas, te lo regaló. Es tuyo, llévatelo, tus ojos brillan por esto, se te nota, te dijo y tú le agradeciste ese gesto de gitano que mira con ojos de diamante a las personas, para descubrir lo que hace brillar los ojos de la gente.

Montaste tu bicicleta hasta desaparecer en esa noche que dejaste atrás.

4

Al muro le pusiste dinamita y voló en mil pedazos por el aire. Sí, viste ese murito de ladrillo y reja verde hechos polvo, gran estruendo ese, verdad, y los escombros quedaron arrumados para que la volqueta del Ministerio de Educación, pasara a recogerlos con máquina retroexcavadora ese mismo día soleado. Mientras tanto los estudiantes corrían, huyendo lo más lejos posible de ahí. Quién sabe en donde conseguiste esa dinamita poderosa. Esos tres tubitos de cartón inofensivos que a simple vista parecían tubos de cartón Reynolds para la tarea de artes plásticas. Esa mañana trajiste la dinamita camuflada en tu maleta Totto y entraste al aula a levantar la mano y decir ¡Presente! Así como si nada, como si estuvieras presente, cuando en realidad donde estabas era en ese extenso muro troyano, donde te sentías mal, porque no podías huir, porque ese muro te impedía ver las cosas que tanto te gustaba ver del exterior.

Media hora después, sonaba una explosión en el colegio, haciendo que todo el mundo se tirara al piso como si fuera un atentado yihadista contra la institución tradicional; pero con la gran diferencia, de que esta vez no hubo heridos, ni muertos, ni nada, solo estudiantes huyendo al sentirse libres.

Fue ese muro inservible lo que se vino al piso y no el colegio con sus relojes de pared en cada aula, como en un principio el vigilante imaginó tirándose al piso. Ahora ya no había nada que tapara la vista, ni incomodara ver, ni hiciera estorbo, ni impidiera el paso; que es lo único para lo que sirven los muros aparte de proteger la sobreprotegida propiedad privada. Te diste cuenta, muro por más muro que sea, se podía intervenir, tumbar, rayar, hacer volar en mil

pedazos. Hay varios ejemplos, el más conocido es el muro de Berlín, al que a punta de puntero y maceta y retroexcavadora tumbaron en 1989.

Pero quisiste aclarar algo en rectoría ese día que te juzgaron anarquista, estabas en clase de artes y en realidad la dinamita no era dinamita y el muro no era muro y la explosión no era explosión, en serio, ni siquiera la onda explosiva, había alcanzado a ese motociclista, justo cuando pasaba por ahí en su moto endiablada, enmierdado, como un rayo, arrojándolo contra el capo de un auto lujoso descapotable y parqueado cerca del banco de Occidente. La escena, de por sí trágica, hacía parte del muro intervenido con latas de aerosol ecológicas que el profesor de artes y los estudiantes de varios grados habían utilizado para pintar. No solo ese muro se veía asfixiante, húmedo, agrietado, sucio, orinado y con maleza creciéndole por todas partes, sino que además era imposible de franquear, saltar, trepar, escalar; ya fuera con pata de gallina o con escalera o de un salto con perdiga o peor aún, a punta de puntero y masetta o en el caso más extremo haciéndose intangible o en globo. Conviene subrayar que alguna vez intentaste saltar ese muro; pero te agarraron en el intento ¿quién? La vigilancia privada.

En el muro intervenido denunciaste los muros fronterizos que aún seguían levantándose en el mundo y por lo mismo fuiste a parar a rectoría: Estados Unidos, Israel, Arabia Saudita.



Estados Unidos-México



Israel-Palestina



Arabia Saudita-Yemen

Viste ese perro andrajoso venir de allá, olfateaba la calle, el andén, el muro, se detuvo, levantando la pata y apuntando soltó el chorro y éste salió a toda presión como el chorro de la tanqueta del SMAD mojando a la universidad pública. Viste que el perro se fue dejando un charquito de orines que se hizo hilo y luego secó el sol. Dicho brevemente el profesor de artes plásticas mandó a recoger aerosoles, brochas, pinceles, pinturas, canecas, cajas, cintas, escaleras, etc.; todo el material sobrante de la intervención artística del muro viejo del IPN, a continuación de recoger el desorden, dijo ¿qué horas son? ¡Las nueve! ¡Rápido! ¡Todavía hay tiempo! Al instante sacó su Nikon profesional del bolso, dio algunos últimos detalles de plano para la foto, pegó su ojo al visor, flexionó las rodillas un poco, se encorvó, luego enfocó, disparó y la luz del

flash incorporada salió estrepitosa como un baldado de agua fría iluminando por una milésima de segundo esas expresiones dudosas.

La jornada artística finalizó con esa foto del grupo de artes plásticas, en la que tú te veías muy triste.

5

Y pensaste en la escuela, cuando ibas a la escuela y cursabas quinto de primaria. Había un potrero con vacas y detrás de ese potrero, ranchitos de hojalata y cartón superpuestos como bolsas de basura. También había una marranera al frente de tu colegio. Era una escuela pequeña, lodosa, fea, enrejada y de ladrillo carcomido por el tiempo. Ibas por esa calle pantanosa, oyendo a los marranos chillar, veías de lejos al matarife afilando el cuchillo, el cual brillaba con los primeros rayos del sol. Las vacas te miraban con sus ojos saltones y mugían cuando atravesabas el potrero rumbo a la escuela, eso, con un libro en la mano. Recordaste estar entrando al aula con los zapatos de charol llenos de barro. No se te olvidaba la cara arrugada del profesor gritándote a ti ¡Luisa quítese los zapatos antes de entrar! Como si el aula fuera un lugar sagrado. El aula en ese entonces te parecía una cochera, el colegio una marranera. Tu no veías problema en sentarte con la compañera Francisca, con la que nadie quería sentarse. Recordabas ver subiendo ese animalito blanco por su cabeza. Olías ese olor a orines que impregnaba su ropa, a lo mejor, los orines de sus hermanitos con los que dormía en la misma cama. Y nunca olvidarías o, a lo mejor, sí, la punta de sus zapatos de charol rotas, esas medias carcomidas por el mugre y las polillas y la pobreza; pero, sobre todo, tenías grabada su carita mocosa, lagañosa y con hambre como si llevaras una foto de ella en tu memoria. Francisca llegaba a la escuela sin desayunar, eso lo sabías tu. Hasta el más tonto lo hubiera descubierto. Pero el profesor no, ya que la obligaba a pasar al

tablero y leer ese libro viejo y sucio frente a todo el curso, dizque por control de lectura. Francisca fue la primera estudiante en despreciar la lectura. El profesor ponía los libros viejos sobre la paleta del pupitre como si estuviera poniendo huevos en un galpón y los dejaba leyendo, mientras salía a tomarse un tinto.

Por culpa de esa lectura desilusionadora; la mayoría leía con el mayor de los desprecios esos libros viejos a los que se le caían las hojas al pasarlas o les faltaban las hojas de tanto uso. En consecuencia, eran esas horas perdidas frente a un libro, probablemente bueno; pero al que tocaba leer en un tiempo récord (diez sorbos de tinto) máximo, eso, siempre teniendo en cuenta el castigo y no recuerdas qué más. Lo peor era el chantaje insolente con la nota. Quién no leía, perdía la materia y eso, porque la lectura era obligatoria. En cuanto a eso, estabas segura, que ese profesor hizo que varios compañeros tuyos no volvieran a coger un libro por el resto de sus vidas. Qué castigo encerraba esa acelerada técnica suya de enseñar a despreciar la lectura en un tiempo récord.

6

Volviste al centro y un perro cojo, visco, roñoso se te quedó mirando mientras bebía el agua verduzca de la pila de Neptuno en la plazoleta la Rebeca. Esa escultura de una aguadora arrodillada y desnuda y que parecía darle de beber de su cuenco de mármol, al habitante de calle, recostado a sus pies, como si fuera a recibir la hostia del mediodía, te pareció triste. Lo miraste como si fuera un familiar tuyo ¿Quién era ese joven tirado ahí? No lo sabías, lo cierto, es que no era el único joven bebiendo agua lechosa, bajo el busto de esa mujer, como si sus tetas fueran las ubres de la loba capitolina consolando a los habitantes de calle. Dejando atrás ese lugar seguiste

adelante rumbo a la plaza de Bolívar corazón de Colombia. Un libro se movía en tu mochila ¿qué libro era?

Te metiste por esa calle oscura, luego saliste a la estación de San Diego y cruzaste las residencias Colón, la plazoleta Olimpia, la carrera 9; lugares que te dieron la impresión de un ojo de feroz vigilando el espacio. Cuando pasaste caminando cerca del edificio Colpatria, te sentiste como un insecto espichado por su suela de piedra. Miraste al cielo incipiente cubierto por esa nube gris, ese edificio ya no era el más alto de la ciudad y nunca habías subido a él. Desde esa altura la gente debía verse como hormigas. Iban y venían cargados de obligaciones por el borde de un cable de luz. Ni loca trabajaría ahí dijiste. Y entonces recordaste, la tarde de esa lectura, en la que ibas sola para tu primer trabajo vacacional (Vendedora de zapatos) y te sentiste explotada y fue la primera vez, que se burlaron de ti, porque en los únicos quince minutos de descanso sacaste un libro para leer. A pesar del incidente, de esas risas bufonas, recordaste que esa literatura, te reconfortó demasiado y te hizo sentir mejor.

¿Qué lectura era esa? ¡No importa! Y te sentabas ahí tranquila, en ese cajón metálico, de ese sótano mal iluminado, donde tomabas onces; pero abrías tu librito y empezabas a leer, de la manera más espontanea. En ese lugar: sentías escalofrío, claustrofóbica, sudabas, temblabas y oías esos pasos de tu patrón haciendo rechinar las escaleras de madera. Justo debajo de ti, quedaba su oficina. Y como envidiabas a ese insecto con muchas patas de tu librito, el cual se encontraba sobre su cama boca arriba. En cambio, tu bajo esas escaleras podridas queriendo salir corriendo para no seguir recibiendo órdenes ahí. Creíste en su ventana revelando el día gris. Y tú, mirabas la bodega sin ventanas, donde trabajabas ocho horas diarias y realmente, te impresionaba, pues lo único que veías era esa fábrica y sus paredes grises. Esa lectura te hizo más consiente de todo, durante ese mes de diciembre aprendiste a conocer las entrañas repulsivas del ser humano.

Luego seguiste caminando y te pusiste a pensar en ella, tu exnovia, que se había ido al extranjero y te había regalado ese libro *La Metamorfosis* antes de irse y que habías leído en ese trabajo y en otros lugares y que siempre llevabas contigo, pues era como tu amuleto de la buena suerte. Entonces lo abriste ahí mismo y oliste sus hojas, las cuales olían al perfume que solía aplicarse ella. Ahora, esquivabas a esas fieras con cachos y dos patas que te miraban con ojos de rabia. Hubieras deseado llevarla de la mano, a ella y asirla fuerte y darle un beso al frente de esa iglesia de donde ahora mismo salían los recién aureolados. Frente al terraza Pasteur, te quedaste oyendo un grupo de jazz fusión al cual nadie le dio un peso. Y fue justo ahí, tirada al lado de esas bolsas de basura contra ese poste de luz, que viste ese cadáver, una rata inmensa, negra, sin ojos, a la que salían gusanos blancos por todos sus orificios. Por poco te vomitas ahí mismo, tapándote la nariz, seguiste caminando hacia allá.

Entonces yo te esperaba ahí, en la plaza Santander, como si llevara una eternidad esperándote. Duré una hora inmóvil, desprevenido, imaginando tu suerte, creyendo que no ibas a llegar, pero llegaste, justo cuando miraba por última vez la hora, que desaparecía sin hacer ruido en ese reloj digital del edificio el Tiempo, entonces dejé el reloj y miré hacía allá y te vi. Nos saludamos de beso en la mejilla. Tu sonrisa como siempre, se me hizo un cielo azul despejado y ni qué decir de tus ojos negro azabache; parecían agujeros negros en la noche. Entonces seguimos juntos y paramos en el semáforo del Banco de la república; pero ese joven del lado no, cruzó la calle corriendo y por poco, se lo lleva el articulado o, mejor dicho, lo espicha como a una uva pasa. Bus que tuvo que frenar en seco y pitar alocadamente. A lo mejor, al joven se le había hecho tarde para ir al trabajo y no quería que lo pusieran de patitas en la calle. El conductor lo madreó asomando la cabeza por la ventanita de su cabina de conducción. En cambio, él le hizo pistola con su mano derecha levantada al cielo.

Ves ese edificio viejo de allá te dije. Tu miraste hacía donde apuntaba mi dedo índice. Si dijiste. Es el Agustín Nieto Caballero y ahí, tengo entendido quedaba la oficina de Gaitán dije. ¿Qué fue de esa tarde violenta? Dijiste. ¡Que, qué fue! Dije, ese día, un hombre se acerca a Gaitán, saca el revólver, apunta, aprieta el gatillo y ¡Pum! Dispara. Se oyen esos tiros de revolver tembloroso que impactan en Gaitán como avispas frenéticas, tiros casi que a quema ropa, tiros que destrozan la nuca y la columna y los órganos del líder popular. Una hora después Gaitán moriría en el hospital central. Su muerte fue la explosión del bogotazo y el periodo histórico conocido como: “La violencia”. Entonces se forma la turba, se oyen gritos: ¡Mataron a Gaitán! Y, se ve un dedo índice señalando al hombre, hombre asustado, que echa a correr y pide auxilio en una droguería. Yo no sabía que al supuesto asesino Juan Roa Sierra, la turbamulta, lo va a linchar, arrastrar y abandonar muerto frente a la puerta del palacio presidencial, pero dicen que él no lo mató. ¿Entonces quién mató a Gaitán? Dijiste. No sé te dije. ¿En serio no? Dijiste. No, pero dicen que no fue Roa Sierra dije.

Dejando de pensar en la historia oficial de las ratas, seguimos caminando por esa carrera séptima hasta llegar a la Plaza de Bolívar, donde estuvimos más tiempo de lo pensado, envueltos por la niebla de la historia oficial como si nos congelara en un santiamén.

No quiero ni pensarlo, sin este momento, no sería yo, que sería yo, no sería nada o, que podría ser, piensa, a lo mejor, tal vez alguien, a la que se le hunden los ojos frente a esa pantalla como botones de control remoto. Peor aún, veo sacar mis ojos por esa pantalla táctil, igualitico a como un cuervo arranca uvas con su pico. Me late el corazón ¿quién soy? Pues yo, abrigándome con este chal de lentejuelas que me dejó mi abuelita antes de irse a otro mundo. Me saltan los ojos, son sapos, aquí y allá, la hierba, son páginas ¿quién busca? yo. Las alas de Ícaro volaron a la carrera, fue un aleteo veloz, subió, subió, subió, se derritieron al sol. La escuela corta las alas. Miro, no quiero derretirme, esta novela son mis alas, qué cursi, bueno, no quiero dejarme cortar las alas, ni dejarlas derretir, en fin, disiento. Piensa ¿quién soy? Este relato. Detesto pasar fotos y eso, creo, es lo que hace la escuela con la literatura. Sí, soy yo y esté momento en el que los ojos se vuelven hojas y se teje con la mirada. Solo estoy leyendo en voz alta que es diferente a hablar sola. Qué extraño, saber que tus ojos se mueven como agujas y tu mirada va hilando, esto y aquello, hasta hacerte un tapiz, incluyendo, por supuesto, esa página hilada entre intimidación y aislamiento. Yo fijo y releo. Y este tonito de mi voz jugando a elevarse, lo primordial, en mi lectura, es él que es otro. ¿Qué hora es? ¿A qué hora leo? ¿Qué leo? ¡Qué importa! Lo interesante aquí es... y no. Leo boca abajo en mi cama pequeña de la que se me salen los pies y la literatura me cobija. Y a quién dar gracias por leer. A otros. Pero me detengo y leo ¿qué? Aquí cruza un soldado por mi vista, lo leo, eso sí, su mala cara viene y va por la página, me apunta con su fusil oculto en ese matorral como si ser lector fuera un blanco fácil. Cae la noche, estoy aquí, me sumerjo en esta suerte de confianza, soy presente. Soy quién mira el reloj y se tiende en esa cama de espaldas al techo. La página sigue abierta en la almohada, ya es hora, no es hora, me pierdo

ahí, sin aplausos. Ese que va a los anaqueles polvorientos del rincón, es un ratón y busca un pedazo de algo, qué se yo, quizá de vida. Qué digo, qué espero, qué quiero, nada, solo busco ser esa lectora, que puede tener tiempo.

8

Enciendo la luz del cuarto, me siento en el escritorio, es tarde. Prendo el Toshiba, le subo volumen a la grabadora, oigo la emisora UN radio, suena un violín de fondo que hace que mis oídos tiemblen. El reloj de pared no sirve, se detuvo faltando cinco minutos para la medianoche. Es tarde, entonces abro Google, escribo Hotmail, luego inicio sesión, ahora escribo mi correo electrónico, seguido la contraseña, espero a que cargue y ¡listo! ya está, frente a mis ojos, la bandeja de entrada en azul y negro de Outlook servida como por arte de magia. Reviso, hay un correo tuyo filtrado a las 8:30 p.m. del día martes. El asunto: saludo. ¿Qué día es hoy? Ah ya, miércoles. Pues sin más, abro el correo que me enviaste y leo:

Hola profe:

Llueve y me pregunto si esta lluvia que golpea con violencia el vidrio de la ventana de mi habitación no va a parar nunca. ¡Parar! En cualquier momento tiene que parar, de lo contrario se inunda todo y se pierde la esperanza de seguir adelante. A propósito de parar ¿Cuándo va a parar este país? ¡Acaso nunca! Es como si el odio de Colombia lo inundara todo. Desde hace tiempo el país rebozó la copa y la guerra pareciera no parar nunca.

Si por aquí llueve, por allá no escampa ¿has visto noticias? Se enloquece cualquiera, mostraron un atentado terrorista, una balacera en Estados Unidos, un atentado guerrillero.

Yo sigo aquí. Y pensar que en este país la gente se ha vuelto vieja esperando la paz. Un ejemplo, mi abuelo, al que se le hace que la violencia en este país ha sido siempre. Mi abuelo es un octogenario y recuerda el bogotazo y la muerte del caudillo. También recuerda la toma y retoma del palacio de justicia y los carros bomba colocados por el cartel de Medellín en Bogotá, ese bus del acueducto que explotó frente a las instalaciones del DAS. El pueblo enardecido empezó a destruir la ciudad; tranvías incendiados, casas incendiadas, la plaza de Bolívar incendiada, los muertos en las calles como bultos de algo inexistente tirados en el piso incendiados, cientos de muertos, que anunciarían al jinete sin cabeza: Colombia un país incendiado por la violencia.

Es lamentable, la sociedad colombiana, es indiferente a la violencia. Con razón esa bola de cristal en la que viven. Viven tan indiferentes del infierno y resguardados en esa bola de cristal, que cuando se agita el país, por lo general, no quieren que se les rompa la bolita. Ven nieve, muñecos de nieve, osos polares, árboles de navidad, iglús, lucecitas y fiesta; pero nunca ven balas, ni camuflados, ni falsos positivos, ni muertos, ni pobres, ni desigualdad, ni guerra, hambre, miseria, exclusión, desplazamiento, explotación, etc. ¿Que viven?

El abuelo se durmió viendo noticias y empezó a cabecear, ahí se quedó un buen rato en el sofá. A veces, creo que desea que se lo trague la tierra. También yo deseo lo mismo, ver un agujero negro en el piso del tamaño de una alcantarilla y como una turbina de avión encendida, succione mis pies, mis piernas, mis caderas y de ahí para arriba hasta la cabeza, eso, porque no puedo más con esta vida académica, con esa exigencia diaria de rendir al máximo y ya, estoy cansada y no puedo más y no quiero ir tan rápido.

El abuelo sigue durmiendo y yo me quedo mirándolo dormir, qué dicha por él, que puede dormir, yo ya ni duermo la siesta por estar haciendo tantas cosas a la vez. Son mis lecturas, tantas veces aplazadas, por falta de tiempo, lo que más quiero retomar; pero no puedo, para mañana hay muchas tareas, cada vez más y tengo que trasnocharme.

Entonces le echo pasador a la puerta de mi habitación y enciendo la lámpara, ya es tarde, el libro sigue en mis manos, estoy leyendo esta novela del proyecto: Los ejércitos, de Evelio Rosero, le cuento profe, que secuestran a la mujer del profesor y eso sucede en este país, es el pan diario en este país, una cosa es que a nadie le importe y los medios cubran solo los deportes, pues sí, así es Colombia. Evelio Rosero es muy buen escritor.

Buenas noches profe.

9

¿Qué hice? Responderte, entonces te escribí lo siguiente:

Hola Luisa:

Leí tu correo.

Sí, Colombia, tal cual como la describes, es ese jinete sin cabeza, que aún sigue por ahí cabalgando y parece que nunca se baja de su bestia. Y la escuela, tienes razón en eso, cada vez exige más y más y más académicamente a sus conejillos de India. Lo que sucede es preocupante, pero va peor, en ampliación, mira que te creo, ten presente, la humanidad va subida en esa

máquina caminadora de ejercitarse que no puede parar. Por lo demás, rodamos como llantas infladas de un auto, que se ha soltado del freno de disco, yendo a parar al abismo. Es un problema y no hay quien nos frene. Si, al menos, pudiéramos sentarnos ahí, en el parque media hora, a contemplar el atardecer o, a leer un libro, eso, sería suficiente, pero ya no hay tiempo de ese atardecer para nuestros ojos inflamados de estrés y lamentaciones. En la jaula, vi ayer a ese joven cabeceando en el pupitre, era como si participara de un experimento científico y dopado, midieran su capacidad de rendimiento sin detenerse, leía, pero así: con un cronometro en los ojos y escurriendo babaza y vomitando.

No sigas leyendo eso, busca tu ritmo interno, has lo que haces hasta ahora y que para mí es una manera tuya de ir contra corriente a ese tiempo estúpido, a decir verdad, esa clase de lectora atareada es como cuando uno se embute de comida y se atora y vomita, eso encerrados en el aula, donde se sigue haciendo visible la ausencia de sosegados. Me parece a mí que tú eres otra clase de lectora, una lectora nueva de: parque, restaurante, panadería, cementerio, plaza, calle, habitación, incluso, centro comercial, aeropuerto, puente, etc. En fin, aprópiate de esos espacios como lectora y no permitas que te hagan desaparecer.

Gira, gira, gira; cada vez más rápido, esa rueda loca del parque, que parece una pirinola, se oyen gritos de niños que se agarran fuerte pero quieren bajarse, en cambio otros salen despedidos de espalda y caen rompiéndose una mano, un brazo, un pie, la cabeza; son más los que se marean y vomitan, los fracturados, que los que se mantienen agarrados, eso, mientras se sigue acelerando la rueda, que parece que se sale del eje y destruye todo ¡No más, no más, no más! Grita un niño llorando que quiere bajarse, la rueda puede parar, desacelerase; pero necesita de una mano o un pie voluntario del exterior, el cual puede hacerla ir más despacio o más veloz o parar del todo. Es una posibilidad.

Hoy ya no tenemos tiempo para el acto de demorarnos leyendo tumbados en la cama, parecemos otra cosa: televidentes, tuiteros, blogueros, posteros, imágenes, fotos, chat; algo como una selfie.

Un abrazo Luisa.

Acá, le di enviar.

10

No fuiste a estudiar hoy, me pregunte por ti esta mañana ¿qué sucedió? A lo mejor, se te pegaron las cobijas como el caparazón de un insecto baboso y estabas tan cansada que no pudiste levantarlas. O fue el sereno de la otra noche, lo que te resfrió y estás con gripe. Pensé que no ibas a volver nunca más a este colegio, en serio, últimamente, te veo tan delgada, es como si quisieras volverte un armazón y desaparecer del todo ¿qué tienes? Mira que me quedé pensando en tu amiga Lina de la que me hablaste el otro día. Trabaja, estudia y paga deudas sin que le alcance el tiempo para sí misma porque tiene que producir más y más y más y cada vez más rápido y corre a almorzar y vuelve a correr cuando sale del trabajo, para ir a estudiar, estudia de noche y llega muy tarde a su casa, entonces llega a dejar listo lo del día siguiente, luego, estudia un poco, lee muy poco, pues el sueño la subyuga, se levanta de la silla del escritorio va a la cocina y calienta tinto. Me dijiste que ella sale temprano, regresa tarde, que ahora la ves muy poco y cuando la ves está muy consumida. La velocidad del progreso, ante el que se tiene poco o nada de tiempo, pues su ritmo es loco y es difícil bajarse de la rueda imparable. Entonces entro a un café internet, pido

tiempo libre, me acomodo y ya frente al computador, un bostezo incontenible sale de mi boca, por primera vez, siento que los parpados me pesan, es la mosca Tsé-Tsé, portadora de la enfermedad del sueño y yo no hago otra cosa distinta, a la de pedir un tinto bien oscuro. Google es un botadero virtual de toneladas basura. En la bandeja de entrada, de mi correo electrónico, había filtrado otro correo tuyo enviado hacía medía hora. Sentí alegría de saber de ti, que había sido ayer y hoy y que iba hacer mañana de ti. Tu correo decía lo siguiente:

Hola profe:

¿Y cómo sucedió? Según Johana que no ha leído todavía el libro (Pues me dijo que no le ha quedado tiempo): Vivir sin los otros, Fernando Gonzales y del cual tuvo que hacer un resumen buscando información en Wikipedia, ese día, el grupo guerrillero M-19 se tomó el palacio de justicia. Pero eso fue lo único que alcanzó a contarme Johana la semana pasada, el nombre del libro y del grupo guerrillero, pues no hubo tiempo de hablar más, había sonado el timbre y teníamos que retornar rápidamente al aula.

Profe, estoy impresionada por la imagen del palacio de justicia ardiendo en llamas como la jirafa ardiendo en llamas en ese cuadro de Dalí ¿Lo conoce...? Es como si esa fotografía todavía ardiera hoy y los tanques cascabel y urutú, siguieran abriendo fuego al interior del palacio dando inicio a la conflagración, al incendio y a la retoma y muerte y desaparición de todas esas personas inocentes.



Bogotá, 7 de noviembre de 1985 justicia en llamas. Plaza de Bolívar

Entonces las palomas de la plaza de Bolívar volaron hacia los campanarios de la catedral primada y la gente que pasaba por ahí, oyendo las granadas detonar, corrían temerosas, por los alrededores desolados del palacio, buscando una sombra amplia y segura para resguardar sus vidas de las ráfagas de fuego. Adentro del palacio reinaba el terror y mientras tanto el presidente del país, Belisario Betancourt, protegido en su despacho oval no hacía nada. Incluso se negó a contestar esa llamada del magistrado de justicia Alfonso Reyes Echandía, que, a lo mejor, hubiera cambiado el destino de la toma. La toma del palacio, le dio la vuelta al mundo, la prensa extranjera hablaba de guerra civil.

Y sí, profe, eso hago, ver esa fotografía ardiendo como si hubiese salido del mismísimo cuadro pintado por Salvador Dalí. Es una pesadilla dantesca esa imagen, no quiero imaginar la suerte de decenas de personas calcinadas ahí y ¿los desaparecidos de la cafetería qué? Han encontrado a algunos, el resto siguen desaparecidos y ¿Cómo fueron desaparecidos? El ejercito los desapareció y los torturó, desde entonces la búsqueda, búsqueda inacabable, sigue, aunque el Estado niega su participación en los hechos y como crímenes de Estado, siguen impunes, este país es espeluznante.

Hoy fui a la plaza de Bolívar, por eso, no fui a estudiar, bueno, no solo por eso, había que entregar un trabajo urgente y no alcancé a terminarlo. Miré a mi alrededor y no encontré nada,

nada, absolutamente nada, que me dijera que ahí mismo donde yo estaba parada y sin palabras, había ardido en llamas un palacio de justicia hacia treinta años. Fue como si las palomas se hubiesen encargado de barrer con sus alas, de escoba, los restos de una historia absurda acontecida en ese momento histórico. Vine aquí, porque quería pensar en eso y también tomar algunas fotos, se acuerda profe, que el día que vinimos, la cámara se descargó y el celular también y nos fue imposible hacer ese registro para el festival.

Así que el tanque primero disparó dos veces y luego entró invistiendo la enorme puerta principal de la entrada al palacio, con su cuerno de rinoceronte blindado y fue como si entrara como Pedro por su casa, adonde no era bienvenido. Vi las escaleras romperse como si el puño de un monstro verde metálico, rompiera unas tablas superpuestas tras el paso del tanque y a esos soldaditos camuflados detrás del tanque, como si recién los pariera una perra metálica y satánica y belicosa. Decenas de soldados apuntando y disparando sus fusiles al enemigo; esos rostros transparentes de los vidrios de las ventanas del palacio donde se reflejaban ellos mismos. Un policía con casco blanco parecía una de esas tortugas del juego Mario Bross, apuntaba con su revolver al palacio de justicia como amenazándolo de muerte. Oí las ráfagas de fuego de pequeñas mini uzi, como dientes de soldados crujendo del frio en la madrugada de Bogotá. Vi salir humo blanco de las ventanas como si se anunciara desde allí dentro, al nuevo sumo pontífice. ¿Dónde quedaba la cafetería? ¿Y los empleados de la cafetería qué? El Videla colombiano coronel Plazas Vega o Plaza Vega o mejor Plaza Bolívar; dio la orden de desaparecerlos. Y así, pasaron por aquí, con las manos en la cabeza como si fueran los judíos de Polonia rumbo a los campos de concentración. A lo mejor, exagero; pero los desaparecidos del palacio también son víctimas. La casa del florero se transformó en un pozo de Banfield, pasaron el interrogatorio y fueron trasladados al cantón norte, donde los torturarían y de donde jamás volvieron.

Profe, ya son las 7:30 pm, y a esa misma hora, hace treinta años el palacio de justicia ardía en llamas como esa jirafa ardiendo en llamas pintada por Dalí. Aunque es como si mucho tiempo después, las llamas del gran incendio en Roma, en el reinado de Nerón como emperador, hubiesen alcanzado al palacio de justicia destruyéndolo por completo.

Buenas noches profe.

11

Cierro la página en internet del Centro Nacional de Memoria Histórica, ese sorbo de tinto me supo amargo, fue el último, ya es tarde, noche, se me hizo tarde, ahora ni siquiera sé qué decir, no quiero aburrirte con lo que pienso escribirte. Y anoche, por fin, terminé ese texto difícil. Me leí ese libro completo en 5 años, eso comiendo pan con mermelada de mora y resaltando algunos párrafos que me gustaron. Es importante para mí pasar tiempo frente a un libro que me cautiva, durar tiempo leyéndolo, sintiéndolo, me agrada, esa lectura tranquila. Aunque leer sea tener tiempo libre, ya casi no se tiene tiempo libre. Soy un lector cansado, a veces, los ojos no me dan y no puedo ni siquiera abrirlos de lo irritado que se ponen, son las venitas las que se revientan y duele, más cuando hay más lecturas pendientes por compromiso.

Y para recuperar las fuerzas, los ojos, el tiempo: salgo a la calle, subo la calle, bajo la calle, luego dejo que me dé el viento en la cara y pienso en ese lector en vías de extinguirse. El lector es el relato dice alguien. Ahí está leyendo, a su ritmo, en silencio, apartado del trajín, entiende que

se le puede quemar la retina leyendo tan cerca de la lámpara y quedar ciego como Borges, pero sigue leyendo ¿en dónde? Ahí, donde se siente tranquilo y sienta a tranquilizarse, en su cuarto, su banco, su silla, su cama y nadie lo molesta e interrumpe o le exige un número de páginas para el día siguiente. Lee a Y, sus cuentos, a cualquier hora. Lo lee porque le gusta y eso lo hace lector, le enseña a ponerse en ese lugar del otro, un lugar que pocos tienen tiempo para compartir. Y fue precisamente ahí, leyendo, donde se volvió el otro ¿cuál otro? Todos. Hizo de cuenta que ya no era él y se dejó llevar por la lectura, esa lectura que era el otro, en cierto sentido, él, pues imaginó su vida leída, narrada, escrita, relatada. Acá fue donde más se sintió otro y ardió en el otro, fue como si bebiera ron, vodka, tequila; pues esa lectura quemó su ego, precisamente surgiendo de las cenizas como el ave fénix: tú.

Y ese lector siguió ahí, bajo ese techo con telarañas, leyendo toda la noche y cuando miró el reloj, quedó boquiabierto, faltaba un cuarto para la media noche del año 2020 ¡Cómo! Exclamó, había estado ahí, encerrado, en ese cuarto, leyendo durante tres años seguidos ¡Tanto tiempo! Por supuesto, era una locura y se restregó los ojos y vio que era cierto.

Le escribo a Luisa:

Hola Luisa:

Hoy fui lector y tuve tiempo y también fui otros y te pensé. Sí, si he visto ese cuadro, que es surrealista como este país. A veces, creo que no es solo ese palacio lo que ardió, Colombia es esa jirafa y seguirá ardiendo.



Jirafa en llamas, Dalí. 1937.

Ahora bien, espero cierres los ojos y duermas.

Un abro Luisa.

Di enviar y pagué mil quinientos pesos por el café y el internet. Afuera hacía frío.

12

¿Cómo llegaste ahí? Pedaleando en tu bicicleta La gaviota de manillar cromado. Esquivabas autos, baches, charcos, gente; que durante el trayecto de tu casa hasta allá parecían una carrera de obstáculos y ramplas y madrazos. Sentiste que te investía un toro de Libia cuando

ese colectivo negro se fue hacía a ti sin frenar. A la biblioteca el Tintal llegaste por un libro que querías leer en silencio.

Adentro, en la sala de referencias, te encontraste a esos jóvenes imberbes leyendo sin parpadear y aunque eran pocos lectores para tantos libros, te alegró verlos, pues parecían una especie amenazada por la contaminación del ser veloz e hiperactivo. Esa figura de lector ratón de biblioteca la creíste extinta; pero no, ahí estaban ellos y los viste con sus dienteillos royendo, mordiendo, carcomiendo, leyendo, pues eso todavía era posible, entonces pensaste en Nietzsche, que rumiaba y mugía y nos enseñaba a rumiar y a mugir, era como si desde el más allá nos dijera ahora mismo: no seas televidente sino vaca, no tragues entero, comienza a masticar, mastica siempre lo leído, con tiempo, sin afán. Creíste que podías transformarte en una vaca nietzscheana y rumiar, rumiar, rumiar tu lectura. En otro tiempo, tú habías sido una ratona de biblioteca, carcomiendo lecturas, ahí en ese espacio infinito; pues la literatura, era infinita, no se agotaba en una sola forma, daba para múltiples lecturas e interpretaciones y qué se yo. Entonces caminaste hacia allá, al fondo de la biblioteca, por ese pasillo amplió mirando ese papelito blanco donde habías anotado ese código con letras y números, con el que se te facilitó la búsqueda. Así, ya no sería tan difícil buscar e ir de anaquel en anaquel, de libro en libro, leyendo a cada autor y el título del libro hasta agotarte. Buscar entre los ciento cincuenta mil volúmenes, alojados en esa biblioteca, sin ese código, un solo libro, te hubiera sido una tarea de años, casi infinita. Fue ahí, en ese anaquel metálico y sus libros ordenados por códigos, letras, materias; que te acercaste rastreando el olor de esa lectura en particular y te pusiste de punticas en pies, estirando el cuello como un mono dorado para alcanzar la fruta y entonces buscaste, miraste y los lomos, los códigos, las letras, los títulos, los nombres se te parecieron una suerte de universo infinito de seudónimos. ¡Sí, acá estás! Dijiste y un lector que estaba sentado en ese sofá de ahí, del frente, te miró extrañado, como si pensara que era a él, al que habías encontrado.

Te apartaste mirándolo con el rabillo del ojo y caminaste hasta el sofá ocre de más allá. Su mirada te siguió hasta ahí, luego, volvió a perderse en su lectura. Aquí cruzaste las piernas, erguiste tu espalda, te acomodaste bien, hasta que abriste con tus manos pequeñas el libro en la última página escrita. Tu tiempo estaba representado en ese momento, la sensación de tranquilidad y de placer, pero desde luego, la ausencia de aplausos y competencia fue lo mejor. Se te hicieron esos hoyuelos en tus mejillas, sonreías, luego de leer ese párrafo delirante, en el que habías apostado ¿Qué? lo anhelado, es decir, lo que duraba tiempo a tu lado como si hiciera parte de ti misma, sin excluirte, sin hacerte daño.

Atrás quedó la biblioteca el Tintal mientras te ibas alejando en cada pedaleo, hasta que te dio por volver atrás y viste un puntico negro en el horizonte desilusionador de la literatura en la escuela.

13

Pasaste por mi lado sin verme, y cómo, si ibas pegada al libro por el que te trasnochabas. No sé, cómo podías ir leyendo mientras caminabas por ese pasillo oscuro; pero allá ibas, caminando a ritmo lento con tu vista puesta en las hojas de ese autor. En la cafetería del colegio encontraste un sitio en donde sentarte, tuviste suerte, ya que el lugar estaba repleto de estudiantes y profesores y directivos. El ruido de las ollas, los platos y los cubiertos parecían la música de fondo, en el que las cocineras componían un concierto atonal para desayunar a la velocidad de la luz, aun así, te concentrabas. Eras la única lectora ahí y parecías un bicho raro, ya que a tu

alrededor zumbaban los Smartphone como avispas. No te importó, seguiste sosteniendo tu libro, sumida en esa lectura como si fueras la única mujer con un peso de más ahí mismo.

Entonces diste un sorbo de café frío y levantaste tu cabeza para mirar a tu alrededor; pero no por mucho tiempo, pues no soportaste la idea de estar apartada tanto tiempo de tu lectura, aunque preciso, cuando ibas en la mejor parte, una de las empleadas, dejó caer un plato al piso rompiéndose en mil pedazos como una porcelana China o como Alex rasgando las hojas de *La Naranja Mecánica* y desparramándolas por el piso. Te quedaste un momento viéndola a ella, la empleada, con escoba y recogedor en la mano, recoger los mil pedazos, de lo que había sido un plato y ahora, ya no era nada, puros escombros. Ella siguió: sirviendo, limpiando, cocinando, atendiendo, haciendo; en fin, que infinidad de trabajo tenía y con qué prontitud lo hacía, en cambio, tu parecías la persona más inútil del universo, pues comparaste la situación y al ver su cara, supiste que no era de aquí, sino de otra ciudad, departamento, clima, las arrugas de su frente parecían labradas por una vida llena de sufrimientos, a lo mejor, esa mujer ahí, había llegado a la ciudad de la indiferencia por culpa de la guerra.

Concluido ese capítulo, habías dejado al lado de la mesa el libro, ahora mirabas el piso como si se te hubiera olvidado algo, te incomodó ver a la mayoría de profesores hablando por celular. Te incomodó, que esa mosca gorda y brillante zumbara cerca a tu oído hasta aterrizar en el libro. Contuviste la respiración y poco a poco, lentamente, fuiste levantando tu mano con esa regla, hasta descargarla contra el insecto como un matamoscas. Viste la punta de la regla y lo que había quedado de la pobre mosca: antenas, cabeza, ojos, tórax, abdomen, patas; su anatomía; reventada, espichada, repulsiva. Te quedaste inmóvil como si hubieras cometido un crimen, pero la mosca aun movía las patas, con repugnancia, limpiaste la regla con una hoja de tu cuaderno.

Con ese crimen en tu espalda, guardaste tu libro en el morral y te levantaste de la silla, cabizbaja, caminaste hacía la salida rumbo al aula donde te esperaba la profesora de cálculo, desapareciste en esa niebla de su clase como si empezaras a subir el páramo de Sumapaz.

14

Tres semanas después, ahí estabas tú en el coliseo del colegio y lo recorrías, mirando la exposición o galería del festival de la memoria. ¿Qué viste? Viste cuatro paredes donde colgaban: cuadros, carteles, afiches, fotografías y cartografías; todo relacionado con la violencia del país. Las instalaciones en los rincones del coliseo parecían desaparecer. Entonces viste pistolas de juguete colgando de cuerdas como si fueran el escapulario de un país con cuello de narcotraficante. Había soldaditos de plástico tirados en el piso en pleno combate. Sentiste escalofrío. Acá, te llamó la atención ese palacio de justicia que parecía una caja de bocadillos veleño ardiendo. Los muñequitos y camiones de bombero de juguete plástico azul y rojo parecían derretirse como la cera de las veladoras en el centro de la ceremonia y pensaste, en ellos, como si fueran los camiones y bomberos intentando inútilmente a pagar las llamas de las torres gemelas, para siempre calcinadas en el crematorio de la historia. Viste dibujada en esa cartografía sobre el palacio de justicia, a la muerte encapotada y con hoz. Muerte andariega recorriendo a Colombia. Entonces viste ese buitre sobre la rama de ese árbol desértico y pensaste en el futuro del país. Viste esas letras L y C, ese fue el inicio del jinete sin cabeza, la violencia bipartidista entre liberales y conservadores, que recorrió a caballo y con su machete oxidado el país, descabezando

al pueblo. ¡Saz! Ese machete iba directo al cuello y rodaban las cabezas por el piso como pelotas locas rodando por los caminos de un país sin esperanzas.

Tus ojos se cansaron, la galería de la memoria histórica te saturó la mirada, preferiste volver a tu silla donde te sentaste a esperar la obra de teatro.

Yo también miraba y pensaba en esa muerte violenta, hasta que vino a mí esa escena escalofriante. Era una pintura inocente, como la que recién miraba en esa pared del coliseo y la vi en una exposición, hacía meses, en la hemeroteca Nacional Universitaria, de la Universidad Nacional y ahí se encontraba la muestra de pinturas pintadas por mujeres y hombres que estuvieron en la guerra. Excombatientes de las FARC, el ejército y los paramilitares. En la pintura había un paramilitar ahorcando a un guerrillero y poco a poco iba subiendo la cuerda atada al cuello del guerrillero, que colgaba de esa rama gruesa hasta temprarla, tensionándose el cuerpo del ahorcado, así moría. ¿Por qué así? ¿Por qué esa muerte así? Muerte espeluznante y atroz. Pudo haber sido diferente la escena, una escena diferente a la que fue, escena del final feliz: un rescate, dense la mano y dialoguen. Pero no, la cosa era más macabra, siniestra y brutal, el verdugo estaba decidido a ahorcar al enemigo, así, con esa misma soga, con la que, a lo mejor, saltaba lazo de niño en la escuela primaria de su vereda o soga con la que amarraba al cerdo a una estaca antes de darle lavazas. ¿Por qué se volvió así? ¿Acaso siempre fue así? ¿Qué lo volvió así? Quién sabe, lo cierto es que ya no había nada que hacer, el sacrificio al dios-guerra, se había consumado, ya era tarde, había muerto. ¿Qué pudo haber sentido el ahorcado y el verdugo, la víctima y el victimario, el guerrillero y el paramilitar, en esa pintura inocente? Recordé la pintura, los pies a pocos metros del suelo, las manos atadas a la espalda, una venda blanca en los ojos, viene el sofocamiento, esa agonía que puede durar hasta veinte minutos, luego el baile en la soga, las convulsiones, la lengua afuera, la boca abierta e incluso una eyaculación. Entiendo, se comprime la tráquea y las arterias carótidas, necesitándose para eso, un peso de 2.5 kg, que es

prácticamente el peso de la cabeza. Esto a rasgos breves es lo que causa el ahorcamiento con sogas y es lo que pudo a ver sentido el ahorcado ese día nublado.

¿Y el verdugo qué, qué pudo haber sentido?

A lo mejor, la sangre fría, helada, congelada; esa sangre que le hacía halar de la sogas con fuerza, sogas que se le resbala por el sudor de las manos, pero que volvía a halar, con tal decisión, que parecía una polea automática. El paramilitar tenía puesto su uniforme camuflado y su gorra camuflada y botas negras y el paramilitar era negro y cargaba su fusil en la espalda, era tan calculador, entonces con sus dos manos haló y haló y haló esa cuerda asfixiante, inclinándose un poco a un lado, eso, haciendo contra peso, enterrando las botas en el barro, pues se le resbalan y él lo que quería era ahorcar. El paramilitar era real.

Y ya no quise pensar más en eso, sentí náuseas y muchas ganas de vomitar. Entonces salí afuera y creció la náusea, tanto, que vomité en la parte trasera del coliseo, luego respiré, me desahogué y volví a entrar por esa misma puerta por la que había salido.



La guerra que no hemos visto. Archive # C006-0008

Y viste a esas ocho mujeres vestidas de negro y cuya tragedia ignorabas, también yo, pues nadie ahí dentro, en ese coliseo, había vivido nada parecido a eso, a lo que vivieron ellas, pues sus dramas, representados ahí, en ese espacio visible, que ahora se transformaba en un teatro griego y dirigía Sófocles, era inmenso. Esas mujeres eran lectoras de *Antígona* y *Antígona* era la obra de teatro. Y esas mujeres ¿quiénes eran? Eran actrices y las madres de Soacha y otras mujeres: mujeres sobrevivientes del genocidio político contra la UP, mujeres víctimas de persecución contra líderes de derechos humanos y, por último, mujeres víctimas de montajes judiciales y encarcelamientos injustos.

Y ¿por qué de luto? Porque sus familiares estaban desaparecidos y como *Antígona*, buscaban darles cristiana sepultura.

Vistiendo esos vestidos negros de suave caída, caminaron lentamente y descalzas, era como estar viendo venir la procesión a la vuelta de la esquina del país de la cólera. La obra de teatro que representaban a esa hora en el coliseo se llamaba: *Antígona, tribunal de mujeres*, del grupo Tramaluna teatro, teatro La Candelaria.

Entonces viste las manos levantadas al cielo de *Antígona* y de las madres de Soacha y de las mujeres sobrevivientes del genocidio contra la UP y de las mujeres víctimas de la persecución contra líderes de DDHH y de las mujeres líderes estudiantiles víctimas de montajes judiciales y encarcelamientos injustos. Manos de mujeres con un objeto familiar, particular, personal y único de sus seres queridos. Por ejemplo: esa bota negra y esa camisa blanca ¿de quién eran? De su hermano desaparecido en los Montes de María. Y esos casetes transparentes ¿qué música recordaban? La preferida por el hijo desaparecido de una de las madres de Soacha: Antonio

Aguilar, Vicente Fernández y música cristiana. Y ese muñeco ¿de dónde venía? De Alemania y se llamaba el tío Luis, era el preferido del hijo de una de las madres y cuando lo viste, se te hizo un nudo en la garganta. ¿De quién era esa ropa café y planchada? De su hijo y la tenía puesta el 7 de enero del 2008. Y en esas otras manos, esa carta ¿qué decía? Tal vez, *Te quiero*.

Aquí, ellas colgaron fotos en blanco y negro, de personas desaparecidas y miembros de la UP, había una bandera amarilla con verde, de la Unión Patriótica, partido político de izquierda, que quería la paz y exterminó el Estado. Había un ramo de rosas amarillas, en las manos de esa actriz joven y un manojito de hiervas secas en las manos de esa otra actriz joven.

Y tu mirabas, sentada en esa silla plástica verde la obra de teatro con tus ojos bien abiertos, eran como platos, pues ya habías leído la tragedia de Sófocles y entendías, según el profesor de teatro, que los actores son lectores que actúan lo leído.

Y nadie se movió de las sillas, ni siquiera el coordinador del colegio que tenía tantas cosas que hacer esa mañana. Te vi muy impactada ¡quien no! También yo, este país es así y no se puede tapar el sol con un dedo.

Aquí, el manojito de hiervas secas en las manos de Antígona flageló su cuerpo, eso, al tiempo que gritaba: ¡del Salado, de Puerto Bello, Puerto Claro, Barbacoa, Buena Aventura, Buena Aventura, Buena Aventura! y se flagelaba el pecho y las hojas secas salían a volar por el aire, cayendo al piso: esparcidas, desparramadas, desordenadas, para luego continuar con los gritos: ¡del Aro, el Salado, de Segovia, Segovia ¡Segovia! Y ahora flagelándose las rodillas, para luego llevar el manojito de hojas secas hasta el pecho, donde un grito hiriente: ¡del Catatumbo! Hizo temblar no solo las paredes del coliseo, también los vidrios de las ventanas, el piso, el techo, las puertas, las vigas, en fin, el colegio y mi cabeza que parecía ese manojito de hiervas secas con el que la actriz joven se flagelaba.

Luego los aplausos.

Entonces vi acercarte al círculo de pétalos, libros y veladoras, en la mitad de la cancha ¿qué hacías? Sencillamente te agachaste al piso y de un soplo ligero, apagaste esa veladora blanca ¿por qué? Porque sí, porque te había entrado ganas de apagar con un soplo efímero el fuego de un incendio mayor. Y como era un acto simbólico, que había llegado a su final, aprovechaste el momento y abriste tu maleta y buscaste en el fondo, escarbando, escarbando, bien en el fondo, hasta encontrar ¿qué? tu foto que parecía de tierra o, mejor dicho, lo era, pues de una bolsa azul, que también salió de tu maleta, sacaste un puñado de tierra, con el que cubriste la foto. La foto rayada con lápiz rojo y de tamaño familiar y que luego enterraste ahí, al frente de uno de los libros de pie, que parecía la lápida y era la novela de Rosero, eso, auto enterrándote, ante el resto de espectadores tangibles, que pasaron indiferentes cerca de ti, sin importarles, la imagen sonriente de tu foto. Al respaldo de la foto, estaba escrito con lápiz: Yo, Luisa María, leí este libro un día como hoy nublado y tengo nombre y una historia y estoy cansada, de todo esto, sobre todo, de que, en la escuela nos sigan exigiendo tantas...

Después fuiste hasta donde una de las madres de Soacha, a quién agradeciste la visita a tu colegio y la abrazaste y luego le preguntaste cosas, entonces vi que llorabas, porque una de las madres de Soacha te abrazaba con un cariño inmenso y ese abrazo te cubrió, porque era solidario y tenía sentido, como la obra de teatro Antígona. Y yo me acerqué a ti y te dije no llores, aún que todo parecía perdido, aún queda una poquita esperanza, poquita, pero queda y miré tus ojitos negro azabache realmente aguados y cuando volteé a mirar para atrás, supe que no había nadie y el coliseo estaba vacío. Entonces empecé a llorar, porque comprendí que la literatura y el lector tenía sus días contados en la escuela y la violencia en el país parecía seguir.

Y luego tú, retornaste al aula nublada donde desapareciste como un fantasma.

Al día siguiente, el coliseo volvía a ser coliseo y el colegio, colegio, esa misma noche, las aseadoras, con la rapidez de una aspiradora, habían dejado limpio e impecable el lugar. Todo había desaparecido.

Parte IV

Análisis de la experiencia ficcional

A medida que se desarrolla el relato de ficción, texto que le da visibilidad a la lectora, a Luisa, como medio para conocerle y reconocerle, se hace evidente un conflicto alrededor del acto de leer. Éste, tiene que ver con la manera que es administrado el tiempo de los estudiantes a través de las múltiples tareas, por parte de la escuela y, que añade a ello, la lectura obligatoria en el aula.

Conforme a esto, es posible conocer dos tipos de lectores o, estudiantes que caracterizan el lector en la escuela. Por un lado, está el estudiante que se acerca al texto literario a través de la lectura impuesta por la escuela. Es decir, un estudiante que, no tiene una relación cotidiana, autónoma, placentera con la literatura. Entonces, el estudiante se acerca a ella por obligación, por rendimiento, por obediencia o, porque sí, como si se acercara a las burbujas de la web antes de que se revienten frente a su cara. A este tipo, podría pertenecer una parte de la población escolar. Por otro lado, está el lector corriente, en palabras de Todorov (2007), y es ese estudiante que, ve a la literatura para reconocer y vivir otras posibilidades y, que no es la escuela la que le pone un libro en frente para que lo lea, sino su necesidad de detenerse a otro ritmo y, ser otro tipo de lector. Por esto, este lector se desplaza a otros lugares, ejemplo, espacios abiertos; un parque, donde se sienta en las gradas a leer o, espacios cerrados; una biblioteca, donde se acerca a los anaqueles, selecciona el título a su gusto y, lee. Disfruta leyendo un libro.

Como se dijo en un principio, Luisa, hace parte de ese tipo de lectores y lectoras que conviven con la literatura de una manera más tranquila. Pero que, a su vez, deben cumplir con una carga académica. Carga que omite, pervierte, expulsa otras posibilidades, ajenas al currículo establecido, para convertirlo en un sujeto: cansado, desgastado, que desaparece. Acorde a esto, estos dos tipos de lectura, se oponen entre sí, pues, si uno se somete totalmente al ritmo académico, el cual es acelerado, vicioso, sin detenimiento; el otro, busca, necesita, quiere escabullirse de ese acelere, para encontrar sosiego. Por ende, su lectura es pausada, tranquila, al gusto, detenida; en otras palabras, es contemplativa.

Esto último es evidente en el relato *Luisa, la lectora*, en el que se narran, la cotidianidad de una estudiante de undécimo grado, bombardeada por el ir y devenir académico y, ante el que debe debatirse para encontrar tiempo para sí, su lectura.

Por un lado, Luisa es presa del multitasking impuesto por la escuela. Entonces, debe comportarse como un animal super atento que protege su presa de distintos predadores. Pero su presa no es aprobar el año, ni obtener las mejores calificaciones, ni superar el puntaje en PISA, en el ICFES. La presa que protege es *tener tiempo para leer, a su ritmo y, a su gusto*. Acorde al relato, es una labor que, no desempeña muy bien, al menos, no del todo, pues está cansada y, la escuela no le deja tiempo.

Luisa está cansada y, ¿qué necesita? Todorov (2007) dice que la literatura ayuda a vivir, a salir de la depresión, la presión en la que la escuela tiene a Luisa. Ella lo sabe, por eso lee. Puede que ya lo hubiera hecho otras veces, por eso trata de resistir: se aparta, busca los espacios, trasnocha, lee lo suyo. Sin embargo, eso no se puede asegurar del todo, pues hace parte del rendimiento y, Luisa tampoco quiere someterse a ello.

La carga académica en la escuela puede llegar a agotar tanto a un estudiante que, así siendo lector, el cansancio termina dándole sepultura. Pareciera que esta carga hubiera sido

creada para negar la posibilidad al estudiante de ser, de ir por sí mismo. Por ello, respecto a lo que habla Safranski (2013) acerca de desacelerarse y, de ese modo, apoderarse del tiempo, su tiempo, me pregunto ¿pero qué tiempo? No le queda tiempo, por lo mismo, ¿qué administra? A Luisa no le alcanza el tiempo para cumplir con todas las tareas. No hay modo de administrar ese tiempo. En este caso se reconoce que, con probabilidad deja sus lecturas tiradas, aplazadas, a medio empezar para dedicarse a hacer tareas. Eso quiere decir que Piglia (2005) al preguntarse qué es un lector, nos abre el camino para preguntarnos sobre todo ese lector que es lector en la escuela.

La escuela busca darle protagonismo, lugar a la literatura, en el aula, imponiéndola en el currículo. Entonces, bombardea al estudiante con lecturas homogéneas, dejando fuera los gustos del estudiante, sus intereses, su pasión. Si bien, Todorov (2007) afirma que la literatura facilita conocer al otro, a entenderlo; esto no se hace a manera de camisa de fuerza. Al lector debe interesarle el otro, esto, desde sus necesidades de debatirse a sí mismo.

A través del Proyecto se plantea una temática interesante e importante: La memoria sobre la violencia en Colombia. Por ende, detenerse en ella se hace necesario. Entonces, se da la posibilidad de ponerse en los zapatos del otro, entender otras condiciones, dar un paso atrás. Aun así, nuevamente se evidencia el gran inconveniente: el tiempo. Un tiempo ocupado por una cantidad de actividades, que requiere de inmediatez, con estudiantes conociendo y comprendiendo lo mismo al mismo tiempo y, realizando al mismo tiempo. Finalmente, las actividades se desarrollan con éxito, el sujeto se somete y rinde, pero vive cansado, desgastado, ocupado. Así está Luisa, rindiendo, como todo el mundo, en esta sociedad de obligaciones, dándole vida al sujeto de rendimiento, mientras muere, agoniza, desfallece y desaparece la lectora.

A la luz de Safranski (2013), hay que buscar otro ritmo. Entonces de ahí, ese lector que va a otro ritmo, lee a su ritmo, se detiene para respirar el paisaje narrado, para encontrarse con él en sus momentos, si es necesario, cierra el libro y se desplaza, pero no se afana. No agota la lectura, no va a mil y ese tipo de lector escasea. Ahora bien, si la escuela quiere darle vida al lector, con todo y sus características, lo que menos tiene que hacer es cansarlo, agotarlo, bombardearlo. Por eso los lectores están desapareciendo en la escuela, porque la escuela no contempla esa posibilidad de ir más pausados y, los pocos que van así, los termina asfixiando, exigiéndoles más.

Por último, se reconoce el relato como muestra de la muerte del lector en la escuela. El lector no se da en el acto de recorrer, a gran velocidad, infinidad de textos, acumulados, decodificados. Entonces, todo el que coge un libro, no es lector; el que lee y resume una obra, no es lector; el que sabe nombres de escritores, con fechas y países, no es lector. El proyecto llevó a leer cinco novelas a la escuela, impuestas a estudiantes que, sencillamente no podían detenerse. En medio del cansancio, leyeron, descartaron, se saltaron, se copiaron, consultaron resúmenes, fueron a mil, trasnocharon, hicieron exposiciones, cumplieron, todo sin sosiego. Entonces, en cada acto, no miraron hacía atrás, siempre adelante, veloz, superficial, a mil; hasta agonizar junto a la literatura y junto asimismo.

Bibliografía

- Blanchot, M. (2005). *El libro por venir*. Madrid: Trotta.
- Bolaño, R. (1998). *Los detectives salvajes*. Barcelona: Anagrama.
- Burgess, A. (2002). *La naranja mecánica*. Barcelona: Ediciones Minotauro.
- Deleuze, G. ". (1991). *fundacion.uocra.org*. Recuperado el 19 de Junio de 2017, de <http://www.fundacion.uocra.org/documentos/recursos/articulos/Posdata-sobre-las-sociedades-de-control.pdf>
- Echavarría, J. (2009). *Juan Manuel Echavarría. La guerra que no hemos visto*. Obtenido de http://www.laguerraquenohechosvisto.com/english/galeria_c006_0008.html
- Faciolince, H. A. (2007). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.
- González, F. (2010). *Vivir sin los otros*. Bogotá D.C.: Ediciones B Colombia.
- González, T. (2010). *Abraham entre bandidos*. Bogotá D.C.: Alfaguara.
- Han, B.-C. (2012.). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Handke, P. ". (23 de Octubre de 2015). *El país.com*. Recuperado el 19 de Junio de 2017, de https://elpais.com/cultura/2015/10/23/actualidad/1445626324_874066.html
- Iyer, L. ". (s.f.). *Enrique Vila-Matas, La vida de los otros*. Recuperado el 19 de Junio de 2017, de <http://www.enriquevilamatas.com/escritores/escrifier1.html>
- Kafka, F. (1998). *La metamorfosis*. Barcelona: Losada.
- Kafka, F. (s.f.). *Diarios / Franz Kafka*. Edición a.
- Montaña, F. (2015). *El gato y la madeja perdida*. Bogotá D.C.: Alfaguara.
- Parra, N. (2014). *Poemas & antipoemas*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Perec, G. (2009). *¿Qué pequeño ciclomotor de manillar cromado en el fondo del patio?* Barcelona: Alpha Decay.
- Piglia, R. (2005). *El último lector*. Barcelona: Anagrama.
- Piglia, R. (2005). *La forma inicial. El último lector*. Barcelona: Anagrama.
- Rosero, E. (2007). *Los ejércitos*. México D.C.: Tusquets Editores.
- Safranski, R. (2013). *Sobre el tiempo: +"una vida es rica si participa de diversas velocidades"*. Madrid; Barcelona: Katz Editores; Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.
- Todorov, T. (2007). *La literatura en peligro*. Barcelona : Círculo de Lectores: Galaxia Gutenberg.
- Vila-Matas, E. (2002). *El mal de Montano*. Barcelona: Anagrama.